

EL PAPA Y EL CAPITALISMO

UN DIÁLOGO NECESARIO

EDICIONES
EL MERCURIO

EL PAPA Y EL CAPITALISMO
Un diálogo necesario

Axel Kaiser

EDICIONES
EL MERCURIO

Avda. Santa María 5542, Vitacura,
Santiago de Chile.

ISBN Edición Impresa: 978-956-9986-08-6
ISBN Edición Digital: 978-956-9986-09-3
Inscripción N° A-284.943

Primera edición: diciembre 2017

Edición general: Consuelo Montoya
Diseño y producción: Paula Montero
Foto portada: Getty Images

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

EDICIONES
EL MERCURIO

Prólogo

«Las relaciones políticas de Francisco se inclinan hacia
la izquierda, no porque sea marxista, sino porque
representa las heridas de la sociedad».

Silvano Tomasi, Arzobispo.

Prólogo

Es conocida la posición del teólogo alemán Hermann Josef Wallraff, quien describió la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) como una «estructura (*Gefüge*) orgánica de proposiciones abiertas»[1]. Con ello quería afirmar que la enseñanza social católica plantea los principios morales básicos del orden social, sin la pretensión de ofrecer un modelo de sociedad ideal. Es por esta razón que aquella se configura como un marco amplio de referencia, dentro del cual pueden hallar cabida *prima facie* visiones sociales, políticas y económicas distintas, y hasta cierto punto, opuestas entre sí. Esto no significa, sin embargo, que todas estas posiciones, en términos generales compatibles con la DSI, tengan con referencia a ella el mismo valor. Pueden presentar, por ejemplo, diferentes grados de consistencia con sus principios fundamentales, estar más o menos ideológicamente condicionadas, y su base empírica puede ser más o menos sólida. Pero precisamente la DSI, entendida como una disciplina científica de naturaleza teológica, provee estándares objetivos que hacen posible el diálogo y debate racional entre los distintos enfoques teóricos, y que son capaces de guiar la tarea comunitaria del discernimiento prudencial orientado inmediatamente a la praxis. La enseñanza social de los diferentes pontífices no podría estar exenta de los criterios de rigor científico que se fija a sí misma, particularmente en lo que se refiere a juicios históricos y orientaciones prácticas. Más aún, si, como se sigue de la definición de Wallraff, la DSI no propone un modelo alternativo de sociedad (o «Tercera Vía»), las expresiones pontificias que sí lo hagan deberán considerarse como «opiniones» que con más razón pueden y deben ser sometidas a la crítica racional. En este sentido, el ejercicio que emprende Axel Kaiser en esta pequeña obra no solo es legítimo, sino obligatorio. ¿Hasta qué punto las afirmaciones del actual pontífice en el campo económico pueden ser corroboradas por los datos empíricos? ¿Cuál es la solidez de sus presupuestos

teóricos? ¿Qué continuidades y discontinuidades presenta con respecto al magisterio precedente? ¿Qué presupuestos ideológicos pueden incidir en sus tomas de posición? No estoy en condiciones de abrir un juicio autorizado sobre los aspectos específicamente económicos de la obra, aunque tiendo a coincidir con el autor en términos generales. Pero estoy convencido de que solo encarando con coraje y respeto esta tarea crítica es posible salvaguardar la unidad orgánica de la DSI como cuerpo de doctrina y evitar que la misma termine convirtiéndose en un rótulo vacío cuyo contenido cambia con cada nuevo pontífice. Este trabajo es un buen ejemplo de este esfuerzo, y plantea interrogantes que merecen ser tenidas en cuenta.

Gustavo Irrazábal,
Sacerdote argentino, vicario de la parroquia Madre
Admirable de Buenos Aires*.
1 de noviembre de 2017.

---

1 Cf. Hermann Josef Wallraff, *Katholische Soziallehre: Leitideen der Entwicklung? Eigenart, Wege, Grenzen*, Bachem, Colonia, 1975, pp. 26 y ss.

Introducción

Este libro pretende construir un puente de diálogo entre el Papa Francisco y los fieles de la Iglesia católica que lo siguen en su visión económica y social. Busca acoger el llamado que el mismo Francisco ha hecho en *Laudato si'* a conversar con economistas y con otras disciplinas para encontrar caminos fructíferos de encuentro social y progreso humano. No es, por lo tanto, una crítica al Papa como tal, sino un análisis de cierta visión en torno a asuntos económicos y políticos que el Papa ha presentado en numerosos escritos y comentarios. Aunque complejo, un intercambio de ideas de este tipo es a todas luces necesario no solo entre el mundo laico y el católico, sino también entre los mismos católicos, pues muchos tienen en asuntos de este tipo posiciones muy diferentes a las del Papa Francisco. Hay que decir, antes de realizar el análisis consecuente, que si bien académicos católicos connotados han publicado estudios mostrando que Francisco ha ido más lejos que sus predecesores inmediatos en condenar al capitalismo —Paulo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI—[2], otros papas mucho antes que Francisco también mostraron gran hostilidad con el liberalismo y el mercado. León XIII y especialmente Pío XI inauguraron una tradición de recelo frente al mercado y el liberalismo —aunque defendiendo la propiedad privada y condenando al socialismo marxista— que sería enmendada por Juan Pablo II y Benedicto XVI[3]. En efecto, en *Centesimus annus* y *Caritas in veritates*, como veremos en el epílogo de este ensayo, Juan Pablo II y Benedicto XVI, respectivamente, ofrecieron una visión sobre el mercado con cuyo espíritu podría concordar cualquier liberal clásico. En *Laudato si'* y *Evangelii gaudium*, Francisco hace un quiebre radical con esa línea más favorable al mercado, regresando a la postura más crítica que conoce la historia de la Doctrina Social de la Iglesia llevándola incluso al extremo de comparar la lógica de quienes defienden la «mano invisible del mercado» —que no es otra

cosa que el sistema de precios para asignar recursos— con la de aquellos que defienden la esclavitud y la explotación sexual infantil[4].

A pesar de que Francisco condene fuertemente el capitalismo y el liberalismo económico, sin condenar el socialismo como lo hicieron León XII y Pío XI, pocos pueden dudar de que es un hombre al cual le preocupan seriamente los pobres y quienes más sufren en este mundo. Su vida es el mejor ejemplo de una persona que ha hecho de la vocación por la pobreza el eje central de su existencia, al punto de que a ratos parece sufrir tanto como aquellos a quienes busca ayudar. Ha de ser difícil, cuando la miseria se ve con ojos de pastor, no sentir que el mundo es un lugar tremendamente injusto en el cual hay falta de solidaridad, abuso y desprecio de unos a otros. Francisco, el nombre que elige Jorge Bergoglio honrando la figura de San Francisco de Asís, ha tenido el mérito de poner a los pobres en el centro del debate y de advertirnos sobre nuestra tendencia a no verlos, producto de una adoración irrefrenable al bienestar material, la que ciertamente existe, aunque tal vez en un grado distinto al que cree el Papa. Nos advierte, también correctamente, me parece, que el olvido de quien sufre lleva a una deshumanización de la sociedad en la cual se hace imposible el espíritu cristiano. Del mérito de todo lo anterior no se sigue, sin embargo, que el Papa Francisco no yerre profundamente en parte del diagnóstico que lo anima en su lucha por los pobres, dando la razón a posturas que, lejos de ayudarlos, terminan condenándolos a permanecer en situaciones de miseria. Como ha observado el teólogo católico y cercano a Juan Pablo II, Michael Novak, parece ser que Francisco no tiene una buena teoría acerca de cómo superar la pobreza[5]. Es aquí donde muchos católicos difieren del Papa, y con razón, pues no tienen la obligación de seguirlo en cuestiones económicas y políticas. Este breve ensayo, escrito por un cristiano no católico, busca interpretar el sentir de muchas personas, incluido ese gran grupo de católicos que ven con preocupación cómo Francisco ha tomado caminos retóricos y políticos que distan de ser imparciales y fértiles. Dada su inmensa popularidad y la gran influencia de la Iglesia católica, especialmente en América Latina, las palabras de Francisco no son irrelevantes para nadie. Cuando el gran intelectual venezolano Carlos Rangel afirmó que «la Iglesia católica tiene más responsabilidad que ningún otro factor en lo que es y en lo que no es la América Latina», no exageraba[6]. Tampoco se equivocaba al notar que parte importante de

la Iglesia católica latinoamericana en el pasado mostraba una afinidad estrecha con doctrinas antiliberales. Según Rangel, en tiempos de la guerra fría la Iglesia descubrió que «en el socialismo marxista tiene [...] un aliado *táctico* precioso en la propagación del mensaje según el cual los mayores enemigos de la salvación del hombre son los mercaderes, y la tarea más urgente, echarlos del templo»[7]. La famosa «teología de la liberación», avalada por la Unión Soviética y que combinaba elementos cristianos y marxistas, fue la máxima expresión de lo que describe Rangel.

Si bien los tiempos han cambiado, en América Latina ideologías como el socialismo, además de una cultura propensa al populismo, siguen presentes haciendo enorme daño a los más pobres. La voz del Papa Francisco, hay que insistir, es, en ese contexto, extremadamente importante. Miles o tal vez millones de personas siguen su opinión ajustando sus creencias a lo que este formula en discursos, encíclicas, entrevistas y otros. No es sano para nuestras sociedades ni del todo justo para la Iglesia católica, me parece, que se instale la percepción de que Francisco, con sus palabras sobre el capitalismo y con sus gestos políticos, se acerca a corrientes de izquierda populista. Lamentablemente, eso es lo que ha ido ocurriendo. La revista *Newsweek*, por ejemplo, se preguntaba en su portada del 13 de diciembre de 2013 si el Papa Francisco es o no un socialista[8]. En 2016, analizando su visión sobre el capitalismo, la revista *Der Spiegel* en Alemania afirmaba que «nunca ha habido un Papa más de izquierda que este», agregando que en ocasiones utilizaba el lenguaje de un «revolucionario de izquierda»[9]. El mismo año, *The Wall Street Journal* publicaba un artículo titulado «How Pope Francis became the global leader of the left» (Cómo el Papa Francisco se convirtió en el líder global de la izquierda)[10].

El artículo revisaba no solo algunos de los comentarios progresistas de Francisco, sino las reacciones a ellos de líderes socialistas, como el ex precandidato presidencial de Estados Unidos Bernie Sanders, que se declaraba un «fan» del Papa y de su visión. También sostenía que el Papa y el Vaticano han apoyado movimientos cargados de ideología, tales como Black Lives Matter y otros grupos proponentes de mayores salarios mínimos, así como organizaciones de trabajadores que se consideran explotadas. En parte, la razón para ello tiene que ver, como recuerda el mismo artículo del *Wall Street Journal*, con el hecho de que el Papa es argentino y creció en una familia que apoyaba la figura del

general Juan Domingo Perón, máximo representante del populismo latinoamericano de primera ola. Más adelante veremos con mayor detención de qué manera la visión peronista se manifiesta en la visión económica y social de Francisco. Por ahora corresponde llamar la atención sobre el hecho de que el Papa actual ha marcado una clara diferencia de grado con sus predecesores inmediatos en materia de crítica al sistema de mercado, y para muchos se ha mostrado también inusualmente amable con regímenes de izquierda populista en América Latina. Lo anterior, hay que repetir, no significa que no tenga mucha razón en varias de las cosas que dice. Por supuesto no se equivoca al advertirnos contra el mal del materialismo, la confusión de la riqueza con la felicidad y del éxito con el sentido más profundo de la vida. Todo ello representa una filosofía válida y necesaria que busca reconectarnos con nuestra esencia espiritual, en vez de perseguir ilusiones de felicidad que muchas veces se desintegran tan pronto las alcanzamos. Sin perjuicio de lo anterior, es necesario invitar al Papa Francisco a considerar una posición más balanceada en torno al capitalismo, tal como la tuvieron sus predecesores Benedicto XVI y Juan Pablo II. En esa línea, este breve ensayo pretende aclarar algunas de las confusiones económicas en las que ha caído el Papa y que afectan negativamente a quienes todos nos debemos: los más pobres. Dado lo relevante del asunto, en este trabajo he optado por no editar ni parafrasear las opiniones del Papa Francisco, reproduciéndolas íntegramente para después comentarlas y contrastarlas con evidencia empírica y razonamientos económicos fundados. Así el lector podrá formarse su propia opinión independientemente de lo que diga el análisis posterior. También he recogido íntegramente variadas reacciones a los dichos de Francisco, para que el lector vea cómo han sido tomadas muchas de sus declaraciones y opiniones por la prensa de Occidente, por intelectuales e incluso por sacerdotes. Quisiera recordar que la Iglesia católica es sin duda una de las instituciones más influyentes de la historia occidental y que ha hecho uso de la razón como ninguna otra similar para explicar su fe. Esa vocación racional es hoy decisiva para encontrar claridad sobre aquellas instituciones e ideas que ayudan especialmente a los más pobres a superar su condición. A ellos solo la verdad en materia económica los hará realmente libres de la tragedia que significa vivir en la miseria, que tan relacionada está con doctrinas como el socialismo y con diversas manifestaciones

del populismo.

---

2 Sobre este punto ver: Andrew Yuengert, «Pope Francis, His Predecesors and the Market», *The Independent Review*, vol. 21, n° 3 (*Pope Francis and Economics*), (invierno 2017).

3 A. M. C. Waterman, «Pope Francis and the Enviromental Crisis», *The Independent Review*, vol. 21, n° 3 (*Pope Francis and Economics*), (invierno 2017).

4 Francisco, *Laudato si'*, 123. 24 de mayo de 2015.

5 Michael Novak, «Foreword», en Robert M. Whaples (ed.), *Pope Francis and the Caring Society*, Independent Institute, Oakland, 2017, p. xxiv.

6 Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1982, p. 227.

7 Ibíd., pp. 262-263.

8 Para consultar el reportaje, véase: Cristina Odone, «Is the Pope a Socialist?», *Newsweek*, 13 de diciembre de 2013.

9 Hans-Jürgen Schlamp, «Der Herz-Jesu-Sozialist», *Der Spiegel*, 29 de mayo de 2016.

10 Francis Rocca, «How Pope Francis Became the Leader of the Global Left», *The Wall Street Journal*, 22 de diciembre de 2016.

I
Laudato si', capitalismo no

De los documentos escritos por el Papa Francisco hasta ahora, su encíclica *Laudato si'* y su carta *Evangelii gaudium* recogen de la manera más clara su pensamiento crítico al capitalismo. El Papa comienza *Laudato si'*, cuyo tema central es el medio ambiente, haciendo un llamado muy razonable a cuidar la «casa común» y advirtiendo de entrada que todos estamos unidos en la necesidad de cuidar nuestro planeta, y que por tanto deberíamos desarrollar lazos de solidaridad que permitan llevar a cabo ese cuidado. Luego entra de lleno en la discusión sobre contaminación y cambio climático: «Existen formas de contaminación que afectan cotidianamente a las personas», afirma el Papa y luego provee una lista de contaminantes que van desde los atmosféricos a los químicos utilizados en el agro. Inmediatamente Francisco señala al responsable:

> Estos problemas están íntimamente ligados a la cultura del descarte, que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura [...] el sistema industrial, al final del ciclo de producción y de consumo, no ha desarrollado la capacidad de absorber y reutilizar residuos y desechos[11].

Este tipo de juicios poco diferenciados sobre el sistema industrial y capitalista atraviesa la totalidad de *Laudato si'*. La verdad es que el problema es más complejo de lo que sugiere Francisco. No hay dudas de que el desarrollo económico tiene costos, entre ellos la contaminación. Pero lo interesante es advertir que mientras más desarrollado económicamente es un país, más respeta el medio ambiente. Los niveles de contaminación de aguas, tierra y aire en países como Alemania, Francia, Suiza, Inglaterra y Japón son ciertamente

mucho menores que en países de América Latina o África, donde los ríos descompuestos, el aire irrespirable y la basura se ven a simple vista. Tomemos el caso de Estados Unidos como ejemplo de lo anterior. Según el Foro Económico Mundial, en los últimos treinta años el ingreso per cápita de ese país se duplicó. Paralelamente, la emisión de contaminantes por la industria manufacturera se redujo de manera sustancial. Las emisiones de ozono cayeron 33 por ciento, las de dióxido de nitrógeno 66 por ciento, las de sulfuro de dióxido 81 por ciento y monóxido de carbono 84 por ciento[12]. Las razones para esta disminución en la contaminación, que también se verifica a nivel de tierras y aguas, es que mientras más rico un país, mayor innovación tecnológica es capaz de desarrollar, mejorando las técnicas de producción para hacerlas más limpias. La innovación, como sabemos, es parte de la esencia del capitalismo, mucho más que la mera extracción de recursos típica de países subdesarrollados. Además, ocurre que en la medida en que las sociedades se vuelven más ricas y van superando las necesidades materiales más urgentes, la conciencia por el cuidado del medio ambiente comienza a convertirse en una prioridad. Esto lleva a que los hábitos de consumo de las masas vayan cambiando, prefiriendo productos en cuya elaboración se respeten reglas verdes. Como esos productos son más caros, los habitantes de países pobres no pueden pagarlos, pero los de países ricos sí. En países pobres la urgencia es subsistir, más que cuidar el entorno. A los occidentales de países ricos podrá parecernos escandaloso que en África o India se contamine como se hace, pero ese es un lujo que podemos darnos porque nosotros ya alcanzamos niveles de riqueza que nos permiten fijar otras prioridades. Si tuviéramos que matar al último leopardo para alimentar a nuestra familia, ¿acaso no estaríamos dispuestos a hacerlo? De otra parte, los países más ricos, donde la «cultura del descarte» es más agresiva porque son los que más consumen, también pueden imponer regulaciones ambientales más estrictas, porque la innovación tecnológica permite que no afecten dramáticamente su productividad. Pero es evidente que esas regulaciones no existirían si de hecho generaran desempleo masivo o hambre, pues pocos políticos se atrevería a proponerlas. Así las cosas, la verdad es que mientras más se desarrolla económicamente un país, más cuida el medio ambiente, de modo que la realidad es lo contrario a lo que sugiere Francisco. Hace años los profesores de Princeton Gene M. Grossman y Alan B. Krueger realizaron un interesante trabajo en el que

estudiaban el impacto del crecimiento económico en diversos indicadores: contaminación del aire y de los ríos según el nivel de oxígeno y concentración de fecales y metales pesados. Las conclusiones del trabajo, publicado por el Massachusetts Institute of Technology (MIT), son totalmente las opuestas a lo que sostiene el Papa:

> No encontramos evidencia de que la calidad ambiental se deteriore sostenidamente con el crecimiento económico. Más bien, para la mayoría de los indicadores, el crecimiento económico trae una fase inicial de deterioro seguida de una fase de mejora. El punto de cambio para los diversos contaminantes varía, pero en la mayoría de los casos ocurre antes de que un país alcance los 8.000 dólares de ingreso per cápita[13].

Lo interesante es notar que el mismo Papa reconoce que hay avance en materia medioambiental en algunos países, pero no lo atribuye a su sistema de mercado, que es el que fomenta la innovación tecnológica y permite cambiar la actitud de los consumidores:

> En algunos países hay ejemplos positivos de logros en la mejora del ambiente, como la purificación de algunos ríos que han estado contaminados durante muchas décadas, o la recuperación de bosques autóctonos, o el embellecimiento de paisajes con obras de saneamiento ambiental, o proyectos edilicios de gran valor estético, o avances en la producción de energía no contaminante, en la mejora del transporte público. Estas acciones no resuelven los problemas globales, pero confirman que el ser humano todavía es capaz de intervenir positivamente[14].

Todo ello, hemos dicho, ocurre fundamentalmente en países ricos, mientras los que son pobres o aún en desarrollo son los que más contaminan. El Papa Francisco, por lo tanto, si realmente quiere proteger el medio ambiente, como sin duda es su intención, debería fomentar el desarrollo económico en vez de condenarlo. Como ha señalado el profesor de Harvard Steven Pinker, quien contesta la parte de *Laudato si'* en que el Papa culpa al consumismo y los mercados por el calentamiento global y otros problemas ambientales:

> El pontífice [...] culpa a la economía y al consumismo. Pero la solución al cambio climático no es moralizar desde lo alto e implorar a las personas —especialmente a los pobres con las que afirma simpatizar— que aprendan a ser abstemios por el bien común y sin la calefacción central, las luces eléctricas y el transporte eficiente. Miles de millones de personas no van a hacer eso. Ni siquiera el Papa, especialmente el Papa, no va a hacer eso. La solución es económica y tecnológica: un impuesto mundial sobre el carbono, y la inversión en el desarrollo de nuevas tecnologías energéticas. El Papa no muestra señales de reconocer esto, porque no le deja a él y a su iglesia ningún papel especial[15].

Ahora bien, es claro que se podría decir que con cero desarrollo económico el ambiente estaría aún mejor protegido. Pero en ese caso viviríamos como nuestros antepasados antes de la revolución industrial, con plagas y enfermedades que exterminaban sectores completos de la población y con hambrunas generalizadas en el centro de Europa. Difícilmente es ese un precio que alguien esté dispuesto a pagar por un mundo totalmente limpio. Y, sin embargo, Francisco no se refiere en general a esos aspectos positivos del «sistema industrial» de desecho que denuncia cuando habla del medio ambiente. A ratos da la impresión de que Francisco cree en ese pasado romántico en el cual los seres humanos vivían felices en los campos hasta que la revolución industrial los obligó a abandonar las hermosas y fértiles tierras para someterlos al castigo insalubre de la vida urbana. Este es, por cierto, un mito extendido en círculos socialistas, conservadores e incluso entre el público general. Uno de sus máximos propagadores fue nada menos que el notable novelista inglés Charles

Dickens, especialmente a través de su obra *Hard Times.* En ella, Dickens trata de modo extremadamente negativo la realidad económica y social de la época de la revolución industrial en Inglaterra. Uno podría imaginar al Papa Francisco leyendo a Dickens y compartiendo un diagnóstico muy pesimista de lo que significó la revolución industrial, principalmente para los más pobres. De hecho, *Laudato si'* es mucho más una condena del mundo industrializado que una crítica matizada. En *Evangelii gaudium,* Francisco confirma su condena al sistema económico moderno de manera aún más categórica. Cabe reproducir un pasaje completo en el que habla de «la economía que mata»:

Así como el mandamiento de «no matar» pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir «no a una economía de la exclusión y la inequidad». Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes»[16].

Las palabras de Francisco son lapidarias para con el sistema actual. Lamentablemente, son de una gran exageración, algo que no es raro en el discurso de Francisco, como notó el mismo Novak. Antes de que visitara Estados Unidos, el teólogo católico escribió que desearía que el Papa Francisco «no repitiera algunos de los generalizados comentarios retóricos que ha hecho hasta ahora» y que incluyen algunas afirmaciones que «simplemente no son válidas», escribió. Novak advirtió en seguida que Francisco «ha dicho más de una vez que los pobres nunca se hacen ricos», en circunstancias de que «prácticamente todos los estadounidenses provienen de familias que comenzaron su vida de pobreza, pero bajo los desafíos de una sociedad libre y responsable dejaron de ser pobres después de dos generaciones como máximo»[17].

Volvamos al análisis del comentario de Francisco. La realidad es que jamás en la historia las masas de excluidos han sido menores y han vivido mejor que hoy, gracias a lo que Francisco llama «cultura de descarte». Nunca ha habido más dignidad para los seres humanos que después de la revolución industrial y el

advenimiento del capitalismo. Si hoy el Papa habla de personas «desechables», antiguamente muchos ni siquiera eran considerados personas. A pesar de todos los problemas de nuestra época, la revolución industrial que dio paso al mundo moderno y a la «cultura del descarte» que denuncia Francisco significó una mejora sin precedentes en las condiciones de vida de la humanidad, convirtiendo un mundo excluyente y miserable en uno mucho más incluyente y humano. Como bien recuerda el historiador israelí Yuval Harari en su *best seller* mundial *Homo Deus*, el hambre ha sido por miles de años «el peor enemigo de la humanidad»[18]. Antiguamente no era extraño que un cinco o un diez por ciento de la población de un país desapareciera porque una catástrofe natural hubiera exterminado las cosechas. Apenas en 1694 en Francia una hambruna generalizada obligó a las masas a comer desechos, perros, gatos y cualquier cosa que encontraran[19]. Para hacerse una mejor idea, en 1695 el veinte por ciento de la población de Estonia murió producto de una hambruna. En Finlandia, en tanto, hoy uno de los países más ricos del mundo, en 1696 murió entre el veinticinco y el treinta y tres por ciento de la población por la misma razón. Igual suerte corrió Escocia, que perdió hasta un quinto de su población entre 1695 y 1698. Nada de eso existe hoy en día, lo cual, como recuerda el mismo Harari, es esencialmente gracias al sistema industrial capitalista de los últimos siglos. Lo mismo se puede decir sobre las enfermedades que por siglos liquidaban a millones de personas y que hoy se desconocen, al menos a esa escala, gracias a los avances industriales y tecnológicos. La temida peste negra, por ejemplo, mató a más de un cuarto de la población de Eurasia en el siglo XIV, mientras que en Inglaterra eliminó al cuarenta por ciento de la población y en Florencia al cincuenta por ciento[20]. En Hispanoamérica, enfermedades traídas por los europeos, tales como la viruela y el tifus, llegaron a exterminar incluso al noventa por ciento de la población local[21]. Pero no es necesario ir demasiado lejos para entender cómo el sistema industrial capitalista ha hecho posible que existamos hoy. En 1918 la gripe española mató entre cincuenta y cien millones de personas en un solo año. Para hacerse una idea de la magnitud que esto significa hay que recordar que en toda la Primera Guerra Mundial (1914-1918) murieron cuarenta millones de personas[22]. Todo eso ha cambiado gracias al sistema que el Papa Francisco critica sin reconocer muchos méritos. Otras afirmaciones cuestionables que realiza Francisco incluyen la siguiente:

> En algunos lugares, rurales y urbanos, la privatización de los espacios ha hecho que el acceso de los ciudadanos a zonas de particular belleza se vuelva difícil. En otros, se crean urbanizaciones «ecológicas» solo al servicio de unos pocos, donde se procura evitar que otros entren a molestar una tranquilidad artificial. Suele encontrarse una ciudad bella y llena de espacios verdes bien cuidados en algunas áreas «seguras», pero no tanto en zonas menos visibles, donde viven los descartables de la sociedad[23].

Sin duda, hay verdad en el hecho de que muchos lugares tienen problemas de planificación urbana, pero atribuir esos problemas fundamentalmente a la privatización no es preciso. ¿Cómo sabe el Papa que esos problemas en muchos casos no se deben a ineficiencia burocrática, corrupción del Estado, malos incentivos institucionales, falta de recursos, presiones políticas, etcétera? También es posible pensar que si no fuera precisamente porque en algunas ciudades hay personas con mayor poder adquisitivo, que pueden pagar áreas verdes y ecológicas, no habría ninguna en toda la ciudad. Por lo demás, la vida urbana, con todos sus problemas, representa una mejor calidad de vida que la del campo, incluso para gente pobre. Por eso la gente migra a la ciudad a pesar de sus desventajas. El destacado físico Geoffrey West ha desarrollado modelos de escala aplicables a la urbanización según los cuales concluye que, en general, la vida en ciudades es mejor que en cualquier otro sitio. Admitiendo los problemas que tienen, West señala que, dadas las economías de escala que permiten, las ciudades son «la causa de la buena vida [...] los centros de creación de riqueza, creatividad, innovación e invención»[24]. Ciertamente, muchos prefieren ir al campo a vivir para escapar del estrés de la ciudad, de su contaminación y de sus niveles de inseguridad. Pero esa gente que va hoy a vivir al campo o pueblos pequeños depende absolutamente de lo que ocurre en las grandes ciudades. Sus medicinas, medios de comunicación, vestimenta, alimentos, etcétera, son sobre todo desarrollados y producidos en centros urbanos. De este modo, quienes pueden hacer una vida agradable en la provincia logran lo mejor de dos mundos.

---

11 Francisco, *Laudato si'*, 22. 24 de mayo de 2015.
12 Ver: Arik Levinson, «Does Economic Growth Reduce Pollution?», *World Economic Forum*, 11 de marzo de 2015.
13 Gene M. Grossman y Alan B. Krueger, «Economic Growth and the Environment», *The Quarterly*

Journal of Economics, vol. 110, n° 2, (mayo 1995), p. 353. MIT Press.
14 Francisco, *Laudato si'*, 58. 24 de mayo de 2015.
15 Contenido disponible en: Jerry Coyne, «Krauss and Pinker on the Pope's Misguided Climate-Change Bicycle», *Why Evolution Is True*, 19 de junio de 2015.
16 Francisco, *Evangelii gaudium*, 53. 24 de noviembre de 2013.
17 Michael Novak, «Welcome to America, Pope Francis!», *michaelnovak.net*, 29 de julio de 2015.
18 Yuval Noah Harari, *Homo Deus*, Debate, Santiago, 2016, p. 13.
19 Ibíd., p.14.
20 Ibíd., p.16.
21 Ibíd., p.18.
22 Ibíd., p.20.
23 Francisco, *Laudato si'*, 45. 24 de mayo de 2015.
24 Geoffrey West, «Why Cities Keep Growing, Corporations and People Always Die, and Life Gets Faster», *Edge*, 23 de mayo de 2011.

II
El mercado como abuso, el mito del derrame y la «cultura del descarte»

Una y otra vez Francisco confirma su visión de que el capitalismo global es una especie de juego de suma cero, en el que los países ricos se benefician perjudicando a los países pobres:

> Quisiera advertir que no suele haber conciencia clara de los problemas que afectan particularmente a los excluidos. Ellos son la mayor parte del planeta, miles de millones de personas [...] La inequidad no afecta solo a individuos, sino a países enteros, y obliga a pensar en una ética de las relaciones internacionales. Porque hay una verdadera «deuda ecológica», particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países [...] De diversas maneras, los pueblos en vías de desarrollo, donde se encuentran las más importantes reservas de la biosfera, siguen alimentando el desarrollo de los países más ricos a costa de su presente y de su futuro[25].

Ya en 2013 Jorge Bergoglio sostenía que «había la promesa de que cuando el vaso rebosara los pobres se favorecerían, pero sucede a menudo que cuando el vaso está lleno, de pronto se hace grande y su contenido nunca llega a los más necesitados»[26]. Siguiendo la misma línea, en otra sentencia aún más dura de *Evangelii gaudium* Francisco señaló:

> Algunos todavía defienden las teorías del «derrame», que suponen que todo

> crecimiento económico, favorecido por la libertad de mercado, logra provocar por sí mismo mayor equidad e inclusión social en el mundo. Esta opinión, que jamás ha sido confirmada por los hechos, expresa una confianza burda e ingenua en la bondad de quienes detentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante. Mientras tanto, los excluidos siguen esperando. Para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros, o para poder entusiasmarse con ese ideal egoísta, se ha desarrollado una globalización de la indiferencia[27].

El capitalismo, cree Francisco, genera miseria, exclusión y gente desechable. De hecho, en otra oportunidad el mismo Papa afirmó que «el principal dilema ético de este capitalismo es la creación de descartados, para después tratar de esconderlos»[28]. Hemos visto, sin embargo, datos de mortalidad que prueban que gracias a la revolución industrial y al capitalismo vivimos mejor que nunca en la historia y que era antes del capitalismo que la mayoría de la población mundial era realmente desechable. Pero debemos continuar refutando la tesis de Francisco de que el mercado no beneficia a las mayorías y que quienes así argumentan creen en un «derrame» sin ningún fundamento real. Un estudio del académico de Yale William Nordhaus, publicado por el National Bureau of Economic Research en Estados Unidos, analizó las ganancias de empresas innovadoras —aquellas que excluyen la agricultura— en el período 1948-2001 en ese país. La conclusión es que los innovadores apenas retienen para sí un 2,2 por ciento del total del valor creado socialmente por sus empresas e innovaciones[29]. El resto es riqueza para los demás. Bill Gates, por decirlo de otro modo, ha beneficiado y creado riqueza para la sociedad en cantidades mucho mayores que el beneficio que ha obtenido él. Nadie se ha hecho más pobre por culpa de Gates, pero todos nos hemos hecho más ricos gracias a él, porque sus innovaciones han permitido incrementar la productividad de toda la economía, llevando a mayores ingresos para todos nosotros. He ahí la potencia creadora del capitalismo. Lo anterior es confirmado sistemáticamente por la evidencia histórica si se analiza desde que existen mercados más o menos abiertos y globalizados, es decir, desde los inicios del capitalismo.

Históricamente y hasta el año 1000 de nuestra era, el promedio de ingreso de los habitantes de distintas regiones del mundo era cercano a los 450 dólares por

año, en dólares de 1990[30]. Eso significa que nuestros antepasados vivían con un poco más de un dólar por día y que en Europa el nivel de ingreso era similar a América Latina y África. ¿Qué ha pasado desde entonces? Pues que el ingreso de los países occidentales se mantuvo casi sin variaciones hasta el siglo XV, cuando prácticamente se duplicó. Pero fue recién dos o tres siglos después que vino el gran salto. En la primera mitad del siglo XVIII se volvió a duplicar el ingreso y en la segunda mitad se duplicó nuevamente. En esa lógica exponencial, en Occidente —esencialmente Europa occidental— pasamos de un ingreso de 753 dólares en el año 1500 a uno de 23.710 dólares en 2003. Esto representa un impresionante incremento de un factor de 30. Todo ello, hay que insistir, gracias a la revolución industrial y al mercado, lo cual se confirma cuando se observa el atraso de los países que no se sumaron a la industrialización. Asia, por ejemplo, no entró al capitalismo hasta mediados del siglo XX. Como consecuencia, el ingreso de los asiáticos el año 1950 era equivalente al de los europeos en 1500. Luego de que China, India y otro países abrazaran el capitalismo, su ingreso aumentó de 717 dólares en 1950 a 4.434 en 2003. Es decir, en apenas medio siglo se incrementó en un factor de casi 6, más que en los dos mil años previos de su historia. América Latina siguió una trayectoria similar, con un ingreso que creció casi cinco veces en el transcurso de un siglo. ¿Cómo explica Francisco este enorme incremento en la calidad de vida de las masas más pobres del mundo si fuera cierto que los países ricos de alguna manera han perjudicado a los países pobres con su desarrollo? Ha sido el crecimiento económico en todas estas regiones el responsable de acabar o reducir la miseria más abyecta e inhumana en la que vivían millones de personas, y será el crecimiento económico el que la termine definitivamente. Gracias al capitalismo, la pobreza extrema en el mundo —medida como ingreso diario de 1,5 dólares (de 1993)— cayó de cerca de más de ochenta por ciento de la población mundial en 1820 a menos de veinte por ciento el año 2000, a pesar de que la población se quintuplicara. En China, entre los años 1960 y 2000, la pobreza extrema se redujo en más de quinientos veinte millones de personas, y en Asia del Sur más de cien millones de personas salieron de ella. La única región que no ha visto en promedio una reducción de la pobreza es África, que es precisamente la región menos integrada a la economía global, con mayores problemas institucionales y menor protección de derechos de propiedad. Aunque también en ese continente

hay países que lo han hecho bien y han visto reducida la pobreza. Más interesante aún es constatar que los más pobres del mundo han visto incrementar su ingreso dos veces más rápido que el resto de mayores ingresos[31]. El profesor de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA) Deepak Lal concluye así, totalmente en contra de lo que afirma el Papa Francisco, que «el crecimiento generado por la globalización no ha sido antipobre como muchos dicen. En realidad, la globalización y el rápido crecimiento económico que promovió han reducido la pobreza mundial en magnitudes sin precedentes en la historia mundial. El crecimiento no solo se ha 'derramado': ¡ha sido una inundación!»[32].

¿Cómo podría explicarse todo lo anterior si el capitalismo no permitiera que se beneficie a cada vez más personas? El problema no es, como cree Francisco, siguiendo la vieja idea del juego de suma cero, que el capitalismo genere ricos y pobres, sino que la pobreza es la condición natural del ser humano y para ser derrotada requiere de instituciones y valores que incentiven y premien la creatividad humana. Esto es precisamente lo que le contestó a Francisco el profesor de la Universidad de Harvard y director del Centro para el Desarrollo Internacional de esa universidad, Ricardo Hausmann, en un elocuente artículo, titulado «¿Es el capitalismo la causa de la pobreza?»:

> ¿Son los problemas que preocupan al Papa consecuencia de lo que él llama un capitalismo «desenfrenado»? O, por el contrario, ¿son consecuencia de que el capitalismo no haya logrado implantarse como se esperaba? ¿Debería una agenda para promover la justicia social estar basada en frenar el capitalismo o en eliminar las barreras que impiden su expansión? La respuesta en América Latina, África, el Oriente Medio y Asia claramente es la segunda opción [...] El capitalismo [...] permitió un aumento de la productividad sin precedentes. La división del trabajo dentro y entre empresas, que para 1776 Adam Smith ya había concebido como el motor del crecimiento, hizo posible una división de los conocimientos entre individuos que permitió que el conjunto supiera más que las partes y formara redes de intercambio y colaboración cada vez más amplias[33].

El economista peruano Hernando de Soto ha hecho estudios confirmando la tesis de Hausmann. En su obra *The Mystery of Capital*, De Soto calculó que si se

toma la riqueza acumulada por los más pobres del mundo en materia de inmuebles, la cifra alcanza a 9,3 billones —millones de millones— de dólares, prácticamente el valor total de todas las empresas abiertas en bolsa en los veinte países más avanzados del mundo[34]. El problema, dice De Soto, es que los gobiernos del tercer mundo son altamente burocráticos y no existe forma de saber qué pertenece a quién, porque no hay registros confiables de propiedad. Eso impide a los pobres convertir la propiedad que poseen en capital, con lo cual quedan fuera del mercado del crédito y del mercado en general. Dicho de otro modo, el Estado condena a las personas a la pobreza, cuestión que escapa por completo del análisis del Papa Francisco. La situación, dice De Soto, es como la energía acumulada en un gran río que baja de los cerros y que, por faltar una represa y las turbinas, no puede aprovecharse. Según De Soto, la regla general es que los pobres son emprendedores persistentes y capaces de crear riqueza: «Ellos no son parte del problema, sino de la solución», dice[35].

---

25 Francisco, *Laudato si'*, 51-52. 24 de mayo de 2015.

26 Andrea Tornielli, «Mai avere paura della tenerezza: Intervista con papa Francesco su Natale», *La Stampa*, 16 de diciembre de 2013.

27 Francisco, *Evangelii gaudium*, 54. 24 de noviembre de 2013.

28 Francisco, Discurso a los participantes en la reunión de Economía de Comunión, organizada por el movimiento de los Focolares, Vaticano, 4 de febrero de 2017.

29 William D. Nordhaus, «Schumpeterian Profits in the American Economy: Theory and Measurment», *National Bureau of Economic Research*, Working Paper 10433, p. 34.

30 Deepak Lal, *Poverty and Progress*, Cato Institute, Washington, 2013, p.10.

31 Ibíd., p.27.

32 Ídem.

33 Ricardo Hausmann, «¿Es el capitalismo la causa de la pobreza?», *Project Syndicate*, 21 de agosto de 2015.

34 Hernando de Soto, *The Mystery of Capital*, Black Swan, Londres, 2001, p. 34.

35 Ídem.

III
La tiranía de las ganancias, el mal de la desigualdad

A diferencia de lo que cree Francisco, la economía de mercado no mata sino que salva. Nos salva de la pobreza, de la desnutrición, del hambre y enfermedades, todo lo cual definía la vida de nuestros antepasados, y de lo que hoy una gran parte de la población mundial se encuentra libre. A pesar de ello, las críticas poco matizadas de Francisco al sistema capitalista no tienen pausa. En otra reflexión, el Papa critica las ganancias como motor de la actividad económica, afirmando lo siguiente:

> Mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. De ahí que nieguen el derecho de control de los Estados, encargadosde velar por el bien común. Se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que impone, de forma unilateral e implacable, sus leyes y sus reglas. Además, la deuda y sus intereses alejan a los países de las posibilidades viables de su economía y a los ciudadanos de su poder adquisitivo real. A todo ello se añade una corrupción ramificada y una evasión fiscal egoísta, que han asumido dimensiones mundiales. El afán de poder y de tener no conoce límites. En este sistema, que tiende a fagocitarlo todo en orden a acrecentar beneficios, cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta[36].

Existen varios argumentos en esta parte de *Evangelii gaudium* que merecen

respuesta. El primero es la idea según la cual la mayoría queda rezagada mientras unos se hacen más ricos. Hemos visto que este argumento tan común es falso, pues todos los datos muestran que el bienestar de las masas ha crecido como nunca en la historia de la humanidad en casi todas las regiones del planeta, y además que los empresarios que logran innovar retienen apenas un 2,2 por ciento de la riqueza creada socialmente. Pero, además, es necesario referirse al tema de la desigualdad, que está implícito en la crítica del Papa en el referido pasaje y respecto de lo cual se ha pronunciado explícitamente en otra oportunidad de la siguiente manera: «Me preocupa del mundo la desproporción económica: que un pequeño grupo de la humanidad tenga más del ochenta por ciento de la fortuna, con lo que esto significa en la economía líquida, donde al centro del sistema económico está el dios dinero y no el hombre y la mujer»[37]. Esta es una tesis que el economista francés Thomas Piketty volvió a poner de moda reviviendo un viejo tema marxista según el cual las contradicciones de clase del capitalismo harían que el sistema terminara por colapsar. En su libro *Capital in the Twenty-First Century*, Piketty sostuvo básicamente que el capitalismo tiene una tendencia a incrementar el retorno sobre el capital a un ritmo mayor de lo que crece la economía. Como consecuencia, los capitalistas ven aumentar su porción de la torta de riqueza mientras los trabajadores quedan cada vez más rezagados y marginados. Esta idea la resumió en su famosa ecuación $r>g$ donde r es el retorno sobre el capital y g el crecimiento económico. Además, según Piketty, los ricos dejan en herencia el capital a sus hijos, por lo que se crean verdaderas dinastías que no necesitan trabajar, porque, al haber heredado, su patrimonio se incrementa solo. El problema de esta tesis, que Francisco parece suscribir, es que resulta falsa así planteada. Muchas críticas se han hecho a la obra de Piketty, que a estas alturas se encuentra totalmente refutada, pero vale la pena al menos referirse a la idea central, a saber, que los capitalistas acumulan cada vez más y los trabajadores cada vez menos. Incluso analizando los gráficos que presenta Piketty
en su libro se llega a la conclusión contraria a la que plantea. En el caso de la gráfica referente a Inglaterra, por ejemplo, la realidad es que con el paso del tiempo la participación de los trabajadores sobre el producto nacional crece sostenidamente y la de los capitalistas baja. El profesor de Columbia Xavier Sala-i-Martín ha desbancado el argumento de Piketty explicando que «la

fracción que se quedaban los trabajadores en 1770 ha tenido una tendencia al alza»[38]. Así, esta era del 65 por ciento, bajando hasta 57 por ciento en 1850, para luego subir hasta el 80 por ciento en 1920, manteniéndose ahí hasta 1970. Desde entonces, ha bajado algo cayendo al 73 por ciento. Sala-i-Martín concluye que «la tendencia a lo largo de los siglo es clara: los trabajadores aumentan y los capitalistas bajan».

Aunque la crítica se refiere al caso de Inglaterra,

Sala-i-Martín explica que lo mismo ocurre con los demás casos presentados por Piketty. De la misma manera, cuando se habla de distribución de riqueza en lugar de ingresos, se observa que en Francia, por ejemplo, en 1810 el diez por ciento más rico tenía el ochenta por ciento de la riqueza y que en 1910 esa proporción subió al noventa por ciento. Pero a partir de ahí cayó sostenidamente hasta alcanzar el sesenta por ciento en 1970, luego de que Francia se beneficiara de una serie de reformas liberales de posguerra cabe agregar. Desde 1970 a la fecha se ha mantenido en un nivel similar. En el caso del uno por ciento más rico, este tenía el sesenta por ciento de la riqueza en 1910 y apenas un veinticinco por ciento en 2010, después de un siglo de capitalismo. En Gran Bretaña, Suecia, Estados Unidos, Japón y todos los países analizados por Piketty la tendencia es exactamente la misma: la desigualdad ha disminuido en vez de aumentar. Ahora bien, es cierto que en las últimas décadas la tendencia se revirtió levemente. Más allá de esta anomalía histórica, sin embargo, vale la pena reproducir la conclusión a la que llega Xavier Sala-i-Martín luego de analizar el libro de Piketty:

> Si uno mira la evolución de la economía mundial, especialmente durante las cuatro últimas décadas, uno se da cuenta de que las tasas de pobreza se han reducido como nunca antes lo habían hecho, las desigualdades globales son cada vez menores, los indicadores de educación, mortalidad, esperanza de vida, salud, libertad y democracia mejoran en casi todos los rincones del planeta[39].

Francisco no matiza la esencia de su mensaje con lo anterior. Tampoco tiene razón cuando dice que se «niega el derecho al control de los Estados». Si hay algo que anda mal hoy en el mundo es precisamente que los Estados, incluso en

Occidente, han crecido tanto que han corrompido cada vez más los sistemas, beneficiando a pequeños grupos de interés en desmedro de la población en general. Es más, es precisamente la mentalidad que exige una intervención masiva del Estado en todas las áreas de la economía la que ha llevado a la corrupción del sistema, pues, evidentemente, mientras más interviene y redistribuye el Estado, mayores son los incentivos de burócratas, políticos y grupos de interés por capturar el aparato estatal para llenarse los bolsillos a expensas del resto. Ese es precisamente el modelo argentino legado por Perón y una de las razones centrales de que ese país sea uno de los más corruptos del mundo. Es también, según algunos, una de las razones por las que, a pesar de que la desigualdad en el mundo en general haya caído, en varios países ha aumentado en los últimos tiempos. El caso de Estados Unidos es tal vez el más paradigmático en este sentido. Por más de cien años ha sido el modelo de libertad y desarrollo indiscutido para el mundo occidental. Sin embrago, hoy el país atraviesa por una de sus peores crisis en el último siglo. Desde extremos opuestos del espectro ideológico se ha denunciado que el proceso de declive americano se debe fundamentalmente a que el Estado se ha sobreexpandido, siendo capturado por grupos de interés que lo explotan en perjuicio de las grandes mayorías. El historiador Niall Ferguson ha hablado de una «gran degeneración»[40] que ha convertido a Estados Unidos en una sociedad buscadora de rentas, llevando al deterioro del Estado de Derecho y las instituciones que permitieron su prosperidad en el pasado, incluidas especialmente las de la sociedad civil que con razón tanto importan al Papa Francisco. En el mismo sentido, el Nobel de Economía Joseph Stiglitz, probablemente uno de los economistas más socialistas del momento, ha sostenido que «si bien existen fuerzas económicas subyacentes que pueden haber jugado un rol, la política le ha dado una forma al mercado que beneficia a quienes están en la cima [...] la élite económica ha presionado por un marco regulatorio que la beneficia a expensas del resto, pero es un sistema económico que no es ni eficiente ni justo»[41]. Esta degeneración institucional se produce, según un reciente trabajo del profesor de la Universidad de Chicago, Luigi Zingales, por los incentivos que genera un gobierno intervencionista y redistributivo. Zingales dice que «cuando el gobierno es pequeño y relativamente débil, la forma más eficiente de ganar dinero es comenzar un negocio exitoso en el sector privado. Pero mientras más

amplia la esfera de gasto del gobierno, más fácil es ganar dinero desviando recursos públicos»[42]. Zingales explica que el sistema redistributivo se torna crecientemente corrupto y ha llevado a un declive de los ingresos de la clase media, a que unos pocos se beneficien a expensas del resto y a menores oportunidades de surgir de los más desaventajados. El profesor de la Universidad de Chicago afirma que la mejor forma de combatir la desigualdad es con competencia en un mercado libre en que intereses particulares no pueden capturar beneficios ni cerrar espacios para que otros puedan surgir. Las intervenciones del gobierno en materia de subsidios educacionales a universidades, créditos con aval del Estado para estudiantes y el control estatal de seguros médicos son algunos ejemplos con los que Zingales grafica cómo programas benefactores han sido capturados en Estados Unidos por grupos de interés, generando gigantescas distorsiones que benefician a unos pocos a expensas de muchos[43].

En un elocuente artículo en el que se refiere precisamente a cómo la expansión del Estado ha derivado en una creciente corrupción y captura por grupos de interés, el Nobel de Economía Edmund Phelps y el académico Saifedean Ammous han argumentado incluso que el modelo capitalista en Estados Unidos ha sido corrompido transformándose en un sistema de tipo corporativista al estilo de la Alemania de Bismarck en el siglo XIX y de la Italia de Mussolini en el siglo XX[44]. En este sistema, dicen los autores, ya no priman la responsabilidad y la libertad individual, sino un Estado intervencionista que procura asegurar desde el ingreso de las clases medias hasta las ganancias de las grandes corporaciones, lo cual resulta en un estancamiento de la economía y en el otorgamiento de beneficios a grupos de interés en perjuicio de la mayoría. Este es precisamente el tipo de sociedad que promueve Francisco. Por supuesto no lo hace previendo sus efectos, pero su inclinación lo lleva a proponer medidas que inevitablemente asfixian el desarrollo y finalmente perjudican a muchos beneficiando a unos pocos.

---

36 Francisco, *Evangelii gaudium*, 56. 24 de noviembre de 2013.
37 Antonio Caño y Pablo Ordaz, «Papa Francisco: 'El peligro en tiempos de crisis es buscar un salvador que nos devuelva la identidad y nos defienda con muros'», *El País*, 22 de enero de 2017.
38 Xavier Sala-i-Martín, «Piketty y 'Capital en el Siglo XXI'», *Random Thoughts: Xavier Sala-i-Martin's Blog*, 18 de mayo de 2014.
39 Ídem.

40 Niall Ferguson, *The Great Degeneration*. Penguin, Londres, 2012.
41 Joseph Stiglitz, *The Price of Inequality*, W.W. Norton & Company, Nueva York, 2012, pp. xix-xx.
42 Luigi Zingales, *A Capitalism for the People*, Basic Books, Nueva York, 2012, p. 6.
43 Ibíd., pp.149 y ss.
44 Edmund Phelps y Saifedean Ammous. «Blaming Capitalism for Corporatism». *Project Syndicate*, 31 de enero de 2012.

IV
El liberalismo económico como causa del atraso latinoamericano

La falta de conocimientos económicos lleva al Papa Francisco a hacer afirmaciones muy apresuradas. En una entrevista con el diario *El País* de España, el Papa sostuvo lo siguiente para explicar el atraso latinoamericano:

> El problema es que Latinoamérica está sufriendo los efectos —que marqué mucho en la *Laudato si'*— de un sistema económico en cuyo centro está el dios dinero, y entonces se cae en las políticas de exclusión muy grande. Y se sufre mucho. Y, evidentemente, hoy día Latinoamérica está sufriendo un fuerte embate de liberalismo económico fuerte, de ese que yo condeno en *Evangelii gaudium* cuando digo que «esta economía mata». Mata de hambre, mata de falta de cultura. La emigración no es solo de África a Lampedusa o a Lesbos. La emigración es también desde Panamá a la frontera de México con Estados Unidos. La gente emigra buscando. Porque los sistemas liberales no dan posibilidades de trabajo y favorecen delincuencias[45].

Esta visión de la realidad latinoamericana no es efectiva. Si hay algo que explica el subdesarrollo, la miseria y el populismo de nuestra región es precisamente la ausencia de libertad económica. Cuando hablamos de libertad económica nos referimos a un marco institucional en el que se asegure fuertemente el derecho a la propiedad privada, se mantengan impuestos razonables, regulaciones amistosas con el emprendimiento, inflación controlada, con baja cantidad de empresas controladas por el Estado, gasto público sostenible y amplia apertura comercial. Esos son los indicadores que mide el

prestigioso *ranking* del Fraser Institute en Canadá a nivel global. El *ranking* del año 2016 publicó el nivel de libertad económica de 159 países con datos de 2014. Si Francisco tiene razón, los países en la cima del *ranking* de libertad económica deberían presentar menos oportunidades, más delincuencia y más emigración. Cabría suponer que un país como Venezuela, por ejemplo, uno de los más violentos del mundo y con mayor tasa de homicidios, sumido en una hambruna generalizada y con millones de emigrantes, estaría entre los primeros lugares de liberalismo económico. Por cierto ese no es el caso. Los diez países más libres económicamente del mundo son: Hong Kong, Singapur, Nueva Zelandia, Suiza, Canadá, Irlanda, Inglaterra, Georgia, Australia y Emiratos Árabes[46]. Entre el primer cuarto de países con mayor libertad económica se encuentran todos los demás países ricos: Suecia, Noruega, Alemania, Bélgica, Austria. Estados Unidos, etcétera. Solo tres países latinoamericanos se encuentran entre los cuarenta más libres del mundo: Chile (12), Costa Rica (28) y Panamá (37), precisamente los tres más avanzados de la región, de los cuales Chile es el más avanzado y el que presenta mayor libertad económica de toda América Latina. Todos los demás están por debajo de los cuarenta primeros lugares de libertad económica, con la Argentina peronista de los Kirchner en el puesto 156 y Venezuela en el 159 con el último lugar de la lista. Sostener entonces, como hace Francisco, que el problema de América Latina es que hay demasiado liberalismo económico es simplemente incorrecto. El mismo Francisco parece no percatarse de lo evidente de su error cuando dice que los latinoamericanos emigran a otros países como Estados Unidos buscando mejores oportunidades, justo después de sostener que en los países con más libertad económica hay menos oportunidades. Los mexicanos a los que se refiere el Papa no emigran buscando menos libertad económica en Estados Unidos, sino al revés. El Papa cae así en contradicciones evidentes, especialmente cuando se tiene presente que Estados Unidos está en el número 16 en el *ranking* de libertad económica en el mundo, mientras que México se encuentra en el puesto 88. La verdad, por lo tanto, es todo lo contrario a lo que sostiene Francisco. A mayor libertad económica, en general, mayores oportunidades y mejor calidad de vida. De hecho, si se toma el veinticinco por ciento de las naciones más libres del mundo y se compara con el veinticinco por ciento de los países con menor libertad económica, se observa que el ingreso per cápita en las primeras es de

41.228 dólares versus 5,471 dólares, es decir, ocho veces superior. Y si de pobres se trata, en las naciones económicamente más libres del mundo el ingreso del diez por ciento más pobre de la población es diez veces superior al de sus pares en las naciones menos libres (11.283 versus 1.080 dólares). En términos de pobreza extrema y moderada, en los países menos libres esta suma un total dramático de 78,7 por ciento de la población, contra 4,2 por ciento en los países con más liberalismo económico. En cuanto a las expectativas de vida, que son un indicador irrefutable de bienestar, esta es veinte años mayor en los países económicamente más libres (80,4 versus 64 años). De la misma manera, el respeto por los derechos civiles y políticos es más del doble en los países económicamente más libres comparados con los menos libres. Así como no es lo mismo ser pobre en Suiza que en Venezuela, no es lo mismo exigir derechos frente al Estado en Suiza que en Venezuela.

La frase del Papa Francisco según la cual «los sistemas liberales no dan posibilidades de trabajo y favorecen delincuencias» solo puede tener sentido en el marco de una visión peronista que analizaremos más adelante. Tan polémica fue esta afirmación de Francisco, que el diario *El País* de Uruguay publicó un editorial poco después en el que contestaba duramente sus declaraciones. Vale la pena reproducirla *in extenso*, para advertir cómo el principal medio uruguayo reaccionó a las palabras del Papa:

> ¿En qué planeta vive el Papa para pensar que el problema de América Latina, pululada y hundida por el socialismo del siglo XXI y sus aliados más timoratos sufre los efectos del liberalismo económico? ¿Cómo puede agarrársela con el liberalismo cuando calla frente a las flagrantes violaciones de los derechos humanos en Venezuela donde, literalmente, está muriendo gente por causas evitables en cualquier país? [...] En esta y otras declaraciones del Papa, por tanto, se mezclan varias cosas. La primera es que demuestra no tener idea de lo que está hablando, ni respecto de la ciencia económica en sí ni respecto de la situación de América Latina. Los países más prósperos, más justos y con mejores indicadores sociales son los que tienen los mejores índices de libertad económica y eso es un hecho incontrastable. A menos, claro está, que queramos armar un discurso ajeno a la evidencia empírica [...]

América Latina ha sufrido históricamente y sigue padeciendo en el presente de un estatismo exacerbado, un proteccionismo muy superior al de las otras regiones del mundo y la ausencia de sólidas democracias y Estados de Derecho que garanticen los derechos humanos y las libertades esenciales. Ese es el verdadero problema, no combatir contra el fantasma de un «liberalismo económico que mata» que no se aplica y donde se aplica da formidables resultados[47].

---

45 Antonio Caño y Pablo Ordaz, «Papa Francisco: 'El peligro en tiempos de crisis es buscar un salvador que nos devuelva la identidad y nos defienda con muros'», *El País*, 22 de enero de 2017.
46 James Gwartney, Robert Lawson y Joshua Hall, *Economic Freedom of the World: 2016 Annual Report*, Fraser Institute, 2016.
47 «Las opiniones del Papa Francisco», *El País*, 25 de enero de 2017.

V
El estiércol del diablo, el capital y la economía comunitaria

La falta de conocimientos económicos del Papa se observa también en su condena del capital, en su visión sobre el mercado del trabajo y en su idea de construir una economía «comunitaria». El año 2015, frente a movimientos populares en Bolivia a los cuales apoyó en sus reivindicaciones, Francisco formuló una reflexión que lo acercó bastante a la retórica populista latinoamericana:

> La ambición desenfrenada de dinero que gobierna. Ese es «el estiércol del diablo». El servicio para el bien común queda relegado. Cuando el capital se convierte en ídolo y dirige las opciones de los seres humanos, cuando la avidez por el dinero tutela todo el sistema socioeconómico, arruina la sociedad, condena al hombre, lo convierte en esclavo, destruye la fraternidad interhumana, enfrenta pueblo contra pueblo y, como vemos, incluso pone en riesgo esta nuestra casa común [...] ¿Qué puedo hacer yo, cartonero, catadora, pepenador, recicladora frente a tantos problemas si apenas gano para comer? ¿Qué puedo hacer yo artesano, vendedor ambulante, transportista, trabajador excluido, si ni siquiera tengo derechos laborales? ¿Qué puedo hacer yo, campesina, indígena, pescador, que apenas puedo resistir el avasallamiento de las grandes corporaciones? [...] Ustedes, los más humildes, los explotados, los pobres y excluidos, pueden y hacen mucho[48].

En otra oportunidad, profundizando su ideal de economía comunitaria, Francisco declaró:

> Hablar de empresas nos pone inmediatamente en relación con uno de los temas más difíciles de la percepción moral: el dinero. He dicho varias veces que «el dinero es el estiércol del diablo».
>
> [...] Cuando se afirma la neutralidad del dinero, se está cayendo en su poder. Las empresas no deben existir para ganar dinero, aunque el dinero sirva para medir su funcionamiento. Las empresas existen para servir.
>
> Por eso, es urgente recuperar el sentido social de la actividad financiera y bancaria, con la mejor inteligencia e inventiva de los empresarios. Esto supone asumir el riesgo de complicarse la vida, teniendo que renunciar a ciertas ganancias económicas. El crédito debe ser accesible para la vivienda de las familias, para las pequeñas y medianas empresas, para los campesinos, para las actividades educativas, especialmente a nivel primario, para la sanidad general, para el mejoramiento y la integración de los núcleos urbanos más pobres. Una lógica crematística del mercado hace que el crédito sea más accesible y más barato para quien posee más recursos; y más caro y difícil para quien tiene menos, hasta el punto de dejar las franjas más pobres de la población en manos de usureros sin escrúpulos[49].

La ambición desenfrenada a la que se refiere Francisco y la búsqueda de beneficio sin ninguna consideración pueden ser criticables sin duda. Pero ellas han existido siempre y no son productos del sistema capitalista. Bien observó Max Weber que mucho antes del capitalismo la codicia sin límites inspiraba a monarcas y regentes en todas partes del mundo. Pero la verdad es que, incluso con ese problema, nunca hemos trabajado menos y vivido mejor que en la actualidad. En términos marxistas, podríamos decir que nunca ha habido menos explotación que hoy, cuando el capitalismo está más desarrollado históricamente. Así, por ejemplo, mientras la pobreza ha tendido a desaparecer cada vez más, la semana de jornada laboral para el trabajador promedio en Estados Unidos ha caído de 61 horas en 1870 a 48 horas en 1920 y a 34 horas en el año 2000[50]. Ello ha sido gracias a la innovación y a la acumulación de capital que la hace posible y que Francisco critica. Este punto debemos explicarlo para entender la esencia del sistema capitalista. Para que haya empleo y buenas oportunidades debe haber

crecimiento de la economía, que es lo mismo que decir creación de riqueza. Para que eso ocurra debe haber inversión, es decir, recursos reales destinados a generar nuevos recursos. Y para que esos recursos existan debe haber ahorro, lo cual implica que se acumule capital. La acumulación de capital producto del ánimo de lucro es entonces la única manera de incrementar el nivel de riqueza en la sociedad y por tanto la situación de las masas. A mayor capital acumulado mayor productividad, y por tanto mayores salarios y calidad de vida para todos. No es lo mismo cosechar trigo con la mano que hacerlo con una trilladora. La trilladora permite multiplicar la cosecha en miles de veces, lo cual a su vez reduce el precio del trigo y de sus derivados: harina, pan, etcétera. Así, gracias a la acumulación de capital y la innovación que representa la trilladora, los salarios reales, esto es, el poder adquisitivo, que es lo que importa, habrán aumentado para todos los consumidores, pues ahora pueden comprar más y mejor pan que antes o bien la misma cantidad de pan quedando con ingreso disponible para comprar otra cosa que necesiten. Gracias a esta dinámica, hoy debemos trabajar menos para vivir mejor. Si en Estados Unidos se debía trabajar 56 horas para comprar medio galón de leche en 1900, en 1999 esta cifra era de apenas 7 horas. Una barra de chocolate, en tanto, tomaba 20 horas de trabajo para ser adquirida a principios del siglo pasado, mientras cien años después tomaba dos horas de trabajo. Un par de *jeans* toma hoy 3 horas de trabajo contra 9 cien años atrás, mientras que 100 kW de electricidad se pagaban con 107 horas y 17 minutos de trabajo, versus 14 minutos de trabajo un siglo después. Todos estos son datos para familias trabajadoras promedio[51]. Esta regla ahorro-inversión-crecimiento económico-mejor empleo-mayor productividad-mayores salarios-menor pobreza es la esencia del sistema capitalista que el Papa Francisco no incorpora en su análisis. De lo contrario no se explica que hable de los pobres como los «explotados» por una economía en que predomina el capital. Es precisamente donde no predomina el capital y la innovación donde abunda la pobreza. Tal es el caso de Bolivia, donde el Papa pronunció las palabras citadas, país que se ubica en el puesto número 122 en el *ranking* de libertad económica ya referido de un total de 159 países en el mundo. No es casualidad que sea en ese lugar donde a Francisco le preocupe tanto la pobreza.

No tiene tampoco mucho sentido condenar al dinero como el «estiércol del diablo» si finalmente este es un mero instrumento que permite salir de una

economía del trueque a una de intercambios indirectos mucho más eficiente. El sacerdote estadounidense Robert Sirico se refirió a las declaraciones de Francisco afirmando que «sería absurdo criminalizar el dinero si la preocupación sincera es el bienestar de los pobres. Lamentar la lucha de los pobres no es el objetivo final de la compasión moral. Mejorar su situación lo es. Y al menos en el nivel material, esto requiere la producción de riqueza»[52]. Sirico agregó que «por supuesto la riqueza puede ser abusada, tanto en su producción como en su uso [...] Pero también pueden ser abusados muchos otros dones confiados al ser humano»[53]. El padre Sirico fue aún más allá, refutando directamente la idea del Papa Francisco de que en una economía libre los ricos lo son porque se benefician a expensas de los pobres:

> Cuando la gente no entiende la economía y los mercados, es fácil suponer que los actores económicos exitosos se hacen ricos a expensas de otros. Esto se conoce en términos económicos como la «falacia de la suma cero» [...] Si se comienza con la definición de que todos los mercados globales por su propia naturaleza 'excluyen a la gente', entonces, por supuesto, es poco ético y condenable con razón, como cualquier otra forma de adoración del dinero, pues es lo que la idolatría del dinero significa[54].

Sirico continuó su comentario afirmando que la Doctrina Social de la Iglesia no enseñaba que el mercado perjudica a los pobres, pero que lamentablemente había gente que «adora tanto a los pobres que promueve políticas que producirán más pobreza»[55].

Francisco no se muestra, por cierto, inconsciente de que la tecnología y los avances científicos son esenciales para la prosperidad humana. «La tecnociencia —dice— bien orientada no solo puede producir cosas realmente valiosas para mejorar la calidad de vida del ser humano, desde objetos domésticos útiles hasta grandes medios de transporte, puentes, edificios, lugares públicos. También es capaz de producir lo bello...»[56]. El problema es que no parece ver la relación entre esos avances y el sistema de libre mercado basado en instituciones que garantizan amplios niveles de libertad económica y acumulación de capital. En *Laudato si'*, por ejemplo, insiste en que tenemos un «superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones

persistentes de miseria deshumanizadora, y no se elaboran con suficiente celeridad instituciones económicas y cauces sociales que permitan a los más pobres acceder de manera regular a los recursos básicos»[57]. Es probablemente cierto que hay mucho de derroche en el estilo de vida moderno en países desarrollados si uno lo mira desde el punto de vista de las necesidades espirituales e incluso de lo que muchos necesitan para ser felices. Hasta ahí el llamado del Papa es muy razonable y necesario, aunque ciertamente es muy difícil definir cuánto es necesario para cada quien. Pero cuando afirma que no existen las «instituciones económicas y cauces sociales» que permitan a los pobres «acceder» a los recursos básicos muestra, una vez más, su escasa comprensión de qué es lo que permite superar la pobreza. Pues son precisamente, como han argumentado los economistas James Robinson y Daron Acemoglu, las instituciones «inclusivas», es decir, aquellas que garantizan la libertad económica y la competencia, las que hacen posible derrotar la pobreza, lo cual no excluye provisión de servicios públicos, sino al contrario[58]. Pero Francisco tiene en mente un modelo distinto de economía que efectivamente no es compatible con la libertad económica que todo economista serio entiende como responsable de la prosperidad. En su conferencia ante los movimientos populares de Bolivia dejó entrever claramente la influencia que sobre él ha tenido el peronismo con su espíritu corporativista y redistributivo:

> La economía no debería ser un mecanismo de acumulación, sino la adecuada administración de la casa común. Eso implica cuidar celosamente la casa y distribuir adecuadamente los bienes entre todos. Su objeto no es únicamente asegurar la comida o un «decoroso sustento». [...] Una economía verdaderamente comunitaria, podría decir, una economía de inspiración cristiana, debe garantizar a los pueblos dignidad, «prosperidad sin exceptuar bien alguno» [...] Esto implica las «tres T» [trabajo, techo y tierra], pero también acceso a la educación, la salud, la innovación, las manifestaciones artísticas y culturales, la comunicación, el deporte y la recreación[59].

Aquí se ve nuevamente la crítica a la economía capitalista y a las ganancias como motor central de la actividad empresarial. Su afirmación de que lo que se debe hacer es «distribuir adecuadamente los bienes entre todos» devela

finalmente que el Papa tiene, al menos parcialmente, problemas con el concepto de propiedad privada y libertad individual. Es cierto que existe toda una tradición en la Doctrina Social de la Iglesia que habla sobre el destino universal de los bienes y la función social de la propiedad. De hecho, Francisco suele recurrir a ella. Pero esta tradición no significa que haya una oposición al capitalismo y a la más amplia libertad económica para reemplazarla por una «economía comunitaria», como postula el Papa Francisco. La pregunta esencial cuando los católicos reflexionan sobre el destino universal de los bienes, como recuerda el teólogo y filósofo argentino Gabriel Zanotti, es ¿cuál es la manera en que más eficientemente se cumple la idea de que la propiedad beneficie lo más posible a la mayor cantidad de personas? La respuesta la da Zanotti: «con el régimen de propiedad privada de los bienes de consumo y de producción [...] Allí está justamente su función social»[60]. Como dice el mismo Concilio Vaticano II recordado por Zanotti: «La propiedad privada comporta, por su misma naturaleza, una función social que corresponde a la ley del destino común de los bienes»[61].

No es entonces necesario, como parece creer a ratos Francisco, que la economía, y por lo tanto la propiedad o sus frutos, sea «comunitaria» para lograr que se cumpla el mandato del «destino universal de los bienes». El capitalismo y la libertad económica, al ser los sistemas que más elevan la calidad de vida de las masas, son también los que mejor sirven a esta idea. Ciertamente la caridad es consustancial a la libertad y es también posible solo como consecuencia de una actividad previa que genera riqueza. Las formas de propiedad colectiva o comunitaria, salvo escasas excepciones, han mostrado en general ser incapaces de sacar a las personas de la pobreza para darles acceso precisamente a lo que a Francisco le preocupa, así como de generar la riqueza suficiente para obras de caridad significativas. Del mismo modo, cuando el Papa habla de «acceso a la educación, la salud, la innovación, las manifestaciones artísticas y culturales, la comunicación, el deporte y la recreación», todo ello es mucho mejor cubierto en los países con mayor libertad económica en el mundo que en aquellos con menor libertad económica. Es la acumulación de capital y la innovación en estas naciones lo que permite los estándares de vida mayores a los que se ven en África o América Latina. Por lo demás ya sabemos que, puesta en práctica, la idea romántica de «distribuir los bienes entre todos» acaba con los incentivos

para una producción sostenible de riqueza que permita superar la pobreza. Está en la naturaleza humana creada por Dios que el hombre persiga su propio interés, así como lo está la capacidad de ser solidario. Una economía que se basa en la caridad está condenada a mantener a las personas en la miseria, no solo porque destruye los incentivos que mueven a creyentes y no creyentes a realizar actividades productivas, sino porque haría imposible la acumulación de capital, que es la clave de la prosperidad económica de la humanidad. Sin embargo, el Papa insiste en que los empresarios deben ser una especie de altruistas dado esencialmente a una economía «de la comunión». Frente a un grupo de representantes de empresas
afirmó:

> La economía de comunión, si quiere ser fiel a su carisma, no debe solamente cuidar a las víctimas, sino construir un sistema donde las víctimas sean cada vez menos, donde posiblemente ya no haya más [...] Por lo tanto, es necesario ir hacia el cambio de las reglas del juego del sistema económico-social. Imitar al buen samaritano del Evangelio no es suficiente [...] Un empresario que es solo un buen samaritano hace la mitad de su deber: cura a las víctimas de hoy, pero no reduce las de mañana. Para la comunión es necesario imitar al Padre misericordioso de la parábola del hijo pródigo y esperar en casa a los hijos, los trabajadores y colaboradores que se han equivocado, y allí abrazarlos y hacer fiesta con y por ellos, y no bloquearse por la meritocracia invocada por el hijo mayor y por muchos que en nombre del mérito niegan misericordia. Un empresario de comunión está llamado a hacer todo para que también esos que se equivocan y dejan su casa puedan esperar un trabajo y un sueldo digno, y no verse comiendo con los cerdos. Ningún hijo, ningún hombre, ni siquiera el más rebelde, merece bellotas[62].

Luego de esas palabras el Papa insistió, una vez más, en que los empresarios vivían en una «economía que mata»:

> Podéis compartir más los beneficios para combatir la idolatría, cambiar las estructuras para prevenir la creación de las víctimas y de los descartados;

> donar más vuestra levadura para fermentar el pan de muchos. Que el «no» a una economía que mata se convierta en un «sí» a una economía que hace vivir, porque comparte, incluye a los pobres, usa los beneficios para crear comunión[63].

Hemos dicho ya que la pobreza, el hambre, la miseria fueron la condición natural del ser humano durante prácticamente toda su existencia, y que eso recién cambió con la revolución industrial y el capitalismo, de modo que la gente «desechada» de la que habla Francisco no es producto de la economía liberal, sino de su inexistencia. Ahora bien, de que las intenciones de ayudar a todos los seres humanos son nobles y propiamente cristianas no cabe duda. Pero lo que no se entiende es que el Papa postule «cambiar las reglas del juego socioeconómico». ¿Cambiarlas por cuáles? ¿Las reglas peronistas, socialistas, comunistas o corporativistas? Por supuesto debe haber más conciencia ecológica y humana en general, pero eso es algo que va más allá de un cambio de sistema y que, como hemos visto en el caso del medio ambiente, el mercado facilita lejos de impedir. La verdad es que nada que pueda proponerse como alternativa al sistema de libertad económica, Estado de Derecho y mercados realmente abiertos funciona mejor ni cumple el fin de ayudar a los más pobres de manera más eficiente y respetuosa de la dignidad de las personas. ¿Una economía de comunión? Como ideal de comportamiento individual puede ser valorable, pero como principio de organización de todo un sistema económico haría más daño que bien. El Papa olvida que el padre misericordioso al que se refiere la parábola del hijo pródigo solo recibe con brazos abiertos a su hijo descarriado luego de que este se ha arrepentido y ha cambiado. Es decir, celebra su regreso y lo acoge porque ahora hará méritos y se comportará de acuerdo a la expectativa del exigente padre. El hermano mayor, que siempre obedeció y fue ejemplar, no puede ver que su hermano se ha sanado y ahora será como él, de ahí su rabia con la reacción del padre. Pero imaginemos por un instante un sistema donde incluso aquellos «que se equivocan» y carecen de todo mérito obtienen ganancias dignas como postula Francisco en una interpretación de la parábola del hijo pródigo que a mi modo de ver es equivocada. Este sistema sería parecido a la atractiva idea «de cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades» formulada por Karl Marx[64]. Como expliqué en mi libro *La tiranía de la*

igualdad[65], aunque suene bien, esta idea conduce necesariamente a la destrucción de la libertad y la miseria generalizada. Para entender mejor esto, supongamos por un momento que aplicamos la fórmula de dar o pagar a cada cual según su necesidad y cobrar a cada cual según su capacidad. En este caso el mercado debe ser totalmente suprimido y solo queda la economía centralmente planificada como alternativa. Esto es obvio y Marx lo tenía claro, pues tradicionalmente el mercado —o sea, nosotros— no da a cada cual según necesidades, sino según su productividad, es decir, según la valoración del que da y no de la necesidad del que recibe. Las personas compran algo y pagan por ello cuando creen que lo que compran satisface, a un precio razonable, una necesidad o deseo. En otras palabras, una persona está dispuesta a trabajar y producir algo con su tiempo que después intercambiará por algo que otro produjo solo si considera subjetivamente que lo que recibe es al menos tan valioso como lo que entrega a cambio. Pongamos un ejemplo. Supongamos que usted es el gerente de un hospital y debe contratar a una persona que ayuda con el aseo y debe contratar también a un médico cirujano. La persona que ayuda con el aseo es una señora soltera de cincuenta años con cinco hijos, sin calificaciones y con un hijo enfermo. Una situación, sin duda, dramática. El médico cirujano es un joven de treinta y cinco años, graduado con honores, con un doctorado en medicina en Harvard y candidato al premio Nobel de Medicina. Además es sano, vive solo y heredó de sus padres una situación muy cómoda. Aquí no cabe dudas de que si de necesidades se tratara, usted debería pagar a la señora que hará el aseo mucho más que al médico cirujano y, sin embargo, usted claramente pagaría más al médico. ¿Por qué? Porque su productividad, su preparación y el beneficio que genera a los pacientes es mucho mayor. ¿Es esta lógica fría e inhumana? Veamos. Supongamos que usted paga más a la señora que al médico. ¿Cuántos médicos de primera línea cree que va a tener en el hospital existiendo esa política de sueldos? Probablemente ninguno. Sería un irresponsable si pagara más a la señora, pues con eso llevaría a la ruina al hospital o lo mantendría en condiciones miserables, llevando a la muerte de muchos pacientes, incluidos niños, ancianos y mujeres. Al final, si el médico recibe mayores ingresos es porque la gente que va al hospital valora más que ese médico les pueda salvar la vida que la limpieza del hospital. El primero es un talento escaso y el segundo, aunque sea igualmente un trabajo digno desde el

punto de vista moral, no requiere de mayores habilidades. Quien en realidad paga el sueldo de ambos son los pacientes de acuerdo a sus valoraciones. Usted como gerente debe atender el mandato de ellos.

Lo que sucede es que las necesidades de las personas solo se pueden conocer *ex post*, es decir, mediante la demanda y la interacción que tiene esa demanda por bienes y servicios con la oferta de los mismos. Para ello es necesario que haya un mercado donde las personas expresen sus preferencias, lo cual supone propiedad privada. Por tanto, lo que en realidad hace el socialismo al clausurar el mercado es eliminar la ley de oferta y demanda. No es sorpresivo, por consiguiente, que termine colapsando y llevando a la población a niveles miserables de existencia. Aunque Francisco ha dicho varias veces que no habla desde el punto de vista técnico, lo cierto es que no da simplemente una orientación ética, sino que se pronuncia sobre cómo él cree que funciona el mundo económico para luego decir hacia dónde debería ir. En ambas dimensiones, sus opiniones yerran el camino, perjudicando precisamente a quienes pretende ayudar.

---

48 Francisco, Discurso en el Segundo Encuentro Mundial de Movimientos Populares, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 9 de julio de 2015.

49 Francisco, Discurso a los participantes en conferencia de la Unión Internacional de Empresarios Católicos (UNIAPAC), Vaticano,
17 de noviembre de 2016.

50 Michael Cox y Richard Alm, *Myths of Rich and Poor*, Basic Books, Nueva York, 1999, p. 98. Citado en: Thomas Di Lorenzo, *How Capitalism Saved America*, Three Rivers Press, Nueva York, 2004, p. 95.

51 Ibíd., p. 98.

52 Michael Severance, «Rev. Robert A. Sirico: Pope Francis and the Condemnation of Money», *Acton Institute Powerblog*, 16 de noviembre de 2016.

53 Ídem.

54 Ídem.

55 Ídem.

56 Francisco, *Laudato si'*, 103. 24 de mayo de 2015.

57 Ibíd., 109.

58 Ver: Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Why Nations Fail*, Profile Books, Londres, 2013, pp. 74, 81.

59 Francisco, Discurso a los participantes en la reunión de Economía de Comunión, organizada por el movimiento de los Focolares, Vaticano, 4 de febrero de 2017.

60 Gabriel Zanotti, *Economía de mercado y Doctrina Social de la Iglesia*, Acton Institute, 2004.

61 Ídem.

62 Francisco, Discurso a los participantes en la reunión de Economía de Comunión, organizada por el movimiento de los Focolares, Vaticano, 4 de febrero de 2017.

63 Ídem.

64 Karl Marx, *Crítica del programa de Gotha*.

65 Axel Kaiser, *La tiranía de la igualdad*, Ediciones El Mercurio, Santiago, 2015.

VI Comunistas: los verdaderos cristianos

«La ideología marxista es incorrecta, pero en mi vida he conocido a tantos marxistas buenas personas que no me siento ofendido si me lo llaman»[66], dijo Francisco en una entrevista al ser preguntado por las acusaciones de marxista que había recibido de la derecha norteamericana luego de la publicación de *Evangelii gaudium*. La frase debe sorprender a millones de católicos que siempre han sabido que el comunismo es el enemigo acérrimo del catolicismo y que sus resultados condujeron a la muerte de más de cien millones de personas. Por supuesto Francisco no estaba aprobando los gulags ni los genocidios que hicieron los comunistas en todos los países en que tuvieron el poder, sino rescatando las buenas intenciones de comunistas que él había conocido y que le parecían «buenas personas». La identificación de Francisco con los comunistas resultó aún más chocante para muchos católicos cuando fue preguntado por un periodista italiano poco antes de la elección de Donald Trump acerca de si él apoyaba una «sociedad de tipo marxista». Francisco contestó:

> Son los comunistas los que piensan como los cristianos. Cristo ha hablado de una sociedad donde los pobres, los débiles y los excluidos sean quienes decidan. No los demagogos, los barrabás, sino el pueblo, los pobres, tengan fe en Dios o no, son ellos a quienes tenemos que ayudar a obtener la igualdad y la libertad[67].

En la misma entrevista el Papa se refirió a la desigualdad como «el mayor mal que existe en el mundo», mal que, como hemos visto, atribuye al sistema capitalista. Ahora bien, no hay duda de que, por lo menos a nivel retórico, parcialmente el marxismo alega defender el derecho de los oprimidos y los débiles. En eso, como sugiere Francisco, se parece al cristianismo. Pero también

afirma la aniquilación completa de un sector de la sociedad, siembra el odio, profesa el ateísmo y la destrucción de toda religión, justifica la dictadura violenta de una clase sobre otra, niega la existencia de la propiedad privada, denuncia los derechos humanos como una invención burguesa para sostener el régimen capitalista e incluso, en el caso de Marx, afirma que hay pueblos o razas inferiores a otras. Además es, como el nazismo, radicalmente antisemita y niega por completo la libertad del individuo frente al colectivo. Todas estas características y muchas otras de la ideología marxista debieran bastar para que un Papa exprese su total rechazo a ella o, al menos, si simpatiza con aspectos de la teoría, sea rotundamente claro en condenarla por su naturaleza criminal. Más aún cuando se observan los resultados inevitables que esta ha tenido en la práctica.

En entrevista con diario *La Vanguardia* el Papa volvió a aplicar un enfoque más bien marxista en su crítica al capitalismo. Luego de repetir que el sistema económico mundial «no era bueno», el Papa afirmó:

> La economía se mueve por el afán de tener más y, paradójicamente, se alimenta una cultura del descarte [...] Y ahora también está de moda descartar a los jóvenes con la desocupación. A mí me preocupa mucho el índice de paro de los jóvenes, que en algunos países supera el 50 por ciento. Alguien me dijo que 75 millones de jóvenes europeos menores de 25 años están en paro. Es una barbaridad. Pero descartamos toda una generación por mantener un sistema económico que ya no se aguanta, un sistema que para sobrevivir debe hacer la guerra, como han hecho siempre los grandes imperios. Pero como no se puede hacer la Tercera Guerra Mundial, entonces se hacen guerras zonales. ¿Y esto qué significa? Que se fabrican y se venden armas, y con esto los balances de las economías idolátricas, las grandes economías mundiales que sacrifican al hombre a los pies del ídolo del dinero, obviamente se sanean[68].

Refiriéndose a esa respuesta, el semanario británico *The Economist* afirmó que «al establecer un *link* entre el capitalismo y la guerra, (el Papa) parece estar tomando una línea ultra radical: una que consciente o inconscientemente sigue a Vladimir Lenin y su diagnóstico del capitalismo y el imperialismo como principal razón de por qué se desató la guerra mundial hace un siglo»[69].

Como en otras, en esta ocasión las afirmaciones de Francisco son equivocadas. El mismo *The Economist* las descartó sosteniendo que el Papa no es una persona cerebral o académica, sino más bien intuitiva e impulsiva. En primer lugar y como el mismo semanario recalca, diversos imperios en diversas épocas muy anteriores al capitalismo hicieron guerras atroces y en términos de escala de exterminio peores incluso a las dos grandes guerras del siglo pasado. De hecho, gracias al capitalismo y el libre comercio mundial la violencia en el mundo ha decrecido. Tan potente es la fuerza civilizadora del mercado libre basado en las ideas que expusiera Adam Smith que el profesor de Harvard

Steven Pinker, en su monumental estudio sobre el declive de la violencia y las guerras en el mundo, llegó a la conclusión de que el intercambio y el comercio habían sido un factor central en hacer de nuestro planeta un lugar más pacífico. El comercio, dice Pinker, «elimina el incentivo del adversario a atacar, ya que se beneficia de intercambios pacíficos de igual modo [...] Una vez que la gente entra en relaciones de intercambio voluntarias se ve incentivada a tomar las perspectivas del otro para hacer el mejor negocio —el cliente siempre tiene la razón—, lo que a su vez puede llevarlos a una consideración respetuosa del interés del otro»[70]. Según Pinker, muchas culturas deliberadamente mantuvieron relaciones comerciales con otras, aunque hubiera sido solo para intercambiar regalos inútiles, porque esto mantenía redes interculturales activas que aseguraban la paz entre ellas[71]. Sobre por qué este aspecto pacificador del mercado es usualmente ignorado por la clase intelectual, Pinker dice: «Las élites intelectuales y culturales siempre se han sentido superiores a la gente de negocios y no se les ocurre atribuirles a los comerciantes algo tan noble como la paz»[72].

Por último, cabe agregar que el desempleo en Europa, que con toda razón preocupa a Francisco, es esencialmente el resultado de legislaciones laborales sobreprotectoras que encarecen el trabajo, haciendo que caiga la demanda por este, además de estructuras de impuestos que espantan la inversión e innovación dadas las abultadas cargas que deben enfrentar las empresas. Por eso, el presidente de Francia Emmanuel Macron ha prometido flexibilizar el mercado laboral francés, responsable de un desempleo juvenil de dos dígitos, y hacer la vida más fácil a las empresas, cuestión que con dificultades ha intentado llevar a cabo. Todos estos Estados europeos están además sobreendeudados producto de

sus cargas sociales insostenibles. Finalmente, la crisis europea está también directamente relacionada con el euro, introducido artificialmente por las élites de ese continente, que además llevó a gigantescos *booms* inflacionarios y crisis de balanzas de pago que arruinaron al sur de Europa, gatillando un masivo desempleo[73]. Nada de ello tuvo que ver con la economía de mercado, sino con intervenciones oficiales de Estados y bancos centrales.

---

66 Andrea Tornielli, «Mai avere paura della tenerezza: Intervista con papa Francesco su Natale», *La Stampa*, 16 de diciembre de 2013.

67 Eugenio Scalfari, «Il Papa a Repubblica: 'Trump? Non giudico. Mi interessa soltanto se fa soffrire i poveri', *LaRepubblica.it*, 11 de noviembre de 2016.

68 Henrique Cymerman, «Entrevista al papa Francisco: 'La secesión de una nación hay que tomarla con pinzas'», *La Vanguardia*, 15 de junio de 2014.

69 «Francis, Capitalism and War: The Pope's Divisions», *The Economist*, 20 de junio de 2014.

70 Steven Pinker, *The Better Angels of our Nature*, Viking, Nueva York, 2011, p. 683.

71 Ibíd., p. 684.

72 Ídem.

73 Sobre este tema véase: Hans Werner Sinn, *Der Euro*, Hanser, Regensburg, 2015.

VII
Teología del pueblo y populismo

Para entender mejor aún la visión del Papa es necesario hablar de la teología del pueblo. Antes vale la pena realizar un breve comentario sobre la teología de la liberación, que en parte incorporaba elementos marxistas a la matriz de análisis teológico católico y que fue esencialmente desarrollada en América Latina por el sacerdote Gustavo Gutiérrez, quien hace poco elogiaría al Papa por su preocupación y solidaridad con los pobres[74]. Si bien Francisco ha destacado que la teología de la liberación «fue una cosa positiva para América Latina», recordando que también tuvo «desviaciones» marxistas que fueron condenadas por el Vaticano en su momento[75], no sería justo decir que fue partidario de su forma más radical. La impresión que se ha generado a nivel de medios internacionales no es diferenciada ni correcta. *The New York Times,* por ejemplo, afirmó que «los discursos de Francisco se basan claramente en los temas de la teología de la liberación, un movimiento que busca utilizar las enseñanzas del Evangelio para ayudar a liberar a la gente de la pobreza y que ha sido particularmente fuerte en su América Latina natal»[76]. El mismo *The New York Times* afirmó que Francisco estaba «reviviendo» la teología de la liberación en la Iglesia católica al abrir el camino para la beatificación del sacerdote salvadoreño Óscar Romero, proponente de la teología de la liberación[77].

Francisco, sin embargo y a pesar de estas señales, no asumió como propia la dialéctica marxista revolucionaria que inspiraba a dicha doctrina. En cambio, sí fue un seguidor de una teología menos agresiva que se conoce como «teología del pueblo» y que fue llamada también «teología populista»[78]. La teología del pueblo surgió en Argentina luego del Concilio Vaticano II en la década de los 60. En ese entonces, luego de regresar del Concilio, el episcopado argentino convocó a un grupo de teólogos, sacerdotes, obispos, religiosos y religiosas, a

una Comisión Episcopal de Pastoral para plantear un plan nacional pastoral. Estos grupos se combinaron con intelectuales y grupos académicos peronistas de la Universidad de Buenos Aires y desarrollaron una doctrina que se alejaba del marxismo y del liberalismo. Dentro de sus categorías centrales se encontraban las de «pueblo» y «antipueblo». Para esta doctrina el pueblo son esencialmente los pobres y el antipueblo, los ricos o la élite en general, y solo los primeros constituyen el sujeto histórico y cultural. Además son solo sus intereses los que coinciden con una idea histórica de justicia al ser víctimas de la «violencia institucionalizada». El jesuita Juan Carlos Scannone, que fuera profesor de Francisco y exponente de la teología del pueblo, explica:

> En América Latina, son los pobres quienes, al menos de hecho, conservan como estructurante de su vida y convivencia la cultura propia de su pueblo (Documento de Puebla [DP] 414), así como su memoria histórica, y cuyos intereses coinciden con un proyecto histórico común de justicia y paz, siendo así que viven oprimidos por una situación de injusticia estructural y de violencia institucionalizada[79].

Y más adelante el sacerdote agrega:

> La teología del pueblo no pasa por alto los acuciantes conflictos sociales que vive América Latina, aunque, en su comprensión de «pueblo», privilegie la unidad sobre el conflicto, prioridad luego repetidamente afirmada por Bergoglio. Pues aunque no toma la lucha de clases como «principio hermenéutico determinante» de la comprensión de sociedad e historia, con todo, da lugar histórico al conflicto —aun de clase—, concibiéndolo a partir de la unidad previa del pueblo. De ese modo la injusticia institucional y estructural es comprendida como traición a este por una parte del mismo, que se convierte así en antipueblo[80].

Como se puede ver, la teología del pueblo se parece a todo populismo en la medida en que plantea las categorías de pueblo y antipueblo como antagónicas, dividiendo a la sociedad en abusadores y abusados. Al decir de Cas Mudde y Cristóbal Rovira, el populismo es una especie de ideología «que considera a la

sociedad como separada en dos campos homogéneos y antagónicos: el pueblo puro y la élite corrupta, y que argumenta que la política debería ser la expresión de la voluntad general»[81].

La teología del pueblo, entonces, de un lado cae en la sacralización de la pobreza, que identifica con el pueblo, y de otro lado condena a los ricos y a la élite como responsables de violencia institucionalizada, poniéndolos del lado del «antipueblo». No es raro que en un país como Argentina, donde el peronismo se convirtió en la fuerza cultural probablemente más influyente del siglo XX, Francisco haya seguido esta doctrina, y que sectores de izquierda más dura simpaticen con su diagnóstico. De hecho, los adherentes de la teología del pueblo fueron fundamentalmente peronistas, lo cual se explica porque el movimiento peronista reclamó ser la voz misma del pueblo. Como ha explicado Samuel Gregg, «para los teólogos del pueblo, el peronismo era un tipo de mecanismo que daba expresión política a los valores que asociaban con 'el pueblo'»[82]. Dado su origen peronista no es sorprendente entonces que Francisco haya sido también un seguidor de esta teología populista. Como dice el mismo Gregg, «las simpatías de Francisco por la teología del pueblo están bien demostradas»[83].

---

74 José Manuel Vidal, «Gutiérrez, padre de la Teología de la Liberación: 'Solo conocemos el 10 por ciento de las resistencias al Papa. El otro 90 por ciento está oculto, pero él lo sabe'», *El Mundo*, 1 de marzo de 2017.

75 Caño, Antonio y Pablo Ordaz, «Papa Francisco: 'El peligro en tiempos de crisis es buscar un salvador que nos devuelva la identidad y nos defienda con muros'», *El País*, 22 de enero de 2017.

76 Rachel Donadio, «Francis' Humility and Emphasis on the Poor Strike a New Tone at the Vatican», *The New York Times*, 25 de mayo de 2013.

77 «8 Ways Pope Francis Is Changing the Direction of the Catholic Church», *The New York Times*, 6 de julio de 2015.

78 Ver: Juan Carlos Scannone, «El Papa Francisco y la teología del pueblo», *Razón y fe*, n° 1395, (enero 2015), pp. 31-50.

79 Ibíd., p.34.

80 Ibíd., p.35.

81 Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism, A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Nueva York, 2017, p. 6.

82 Samuel Gregg, «Understanding Pope Francis: Argentina Economic Failure and the 'Teología del Pueblo'», *The Independent Review*, vol. 21, n° 3, (*Pope Francis and Economics*), (invierno 2017), p. 369.

83 Ibíd., p. 371.

VIII
El Papa peronista

El hecho de que el Papa Francisco ha sido fuertemente influido por una doctrina populista y anticapitalista como el peronismo es tan conocido que, en la primera escena de la serie que *Netflix* dedicó a Francisco, el entonces cura Bergoglio aparece cantando junto a algunos amigos a favor de Perón. Más aún, en 2015 *The Economist* publicó un artículo completo dedicado a Francisco titulado «The Peronist Pope» («El Papa peronista»)[84]. En la misma línea, también en 2015, con ocasión de una visita del Papa a Estados Unidos, *The Washington Post* publicaba también un artículo titulado «No se puede entender al papa Francisco sin Juan Perón y Evita»[85]. El artículo citaba a estudiantes de Bergoglio que lo definían como peronista, explicando más adelante que Perón rechazaba tanto el marxismo como el liberalismo y buscaba un camino intermedio. En 2017, en entrevista con el diario *Clarín*, la periodista y ensayista argentina Beatriz Sarlo afirmaba por su parte que el Papa era «peronista y populista desenfadado» y que se involucraba en la interna de ese partido[86]. ¿Pero qué significa realmente que Francisco sea peronista o se encuentre al menos fuertemente influido por esa corriente de ideas? Efectivamente Perón rechazaba el marxismo al igual que el Papa Francisco, por lo que acusarlo de marxista parece del todo inapropiado. Pero el general Perón fue un directo heredero de la tradición fascista y de su visión anticapitalista y populista. Aunque no hay total claridad sobre el supuesto encuentro entre Perón y Benito Mussolini, según el mismo Perón, cuando estuvo en Italia conoció personalmente al líder máximo del fascismo, momento que recordaría en los siguientes términos:

> No me hubiera perdonado nunca al llegar a viejo el haber estado en Italia y no haber conocido a un hombre tan grande como Mussolini. Me hizo la impresión

> de un coloso cuando me recibió en el Palacio Venezia. No puede decirse que fuera yo en aquella época un bisoño y que sintiera timidez ante los grandes hombres. Ya había conocido a muchos. Además, mi italiano era tan perfecto como mi castellano. Entré directamente a su despacho, donde estaba él escribiendo; levantó la vista hacia mí con atención y vino a saludarme. Yo le dije que, conocedor de su gigantesca obra, no me hubiese ido contento a mi país sin haber estrechado su mano[87].

En otra oportunidad Perón recordaría cómo Mussolini había hablado en una plaza en contra de los ricos, cuestión que lo marcaría para siempre. Es crucial recordar acá que el fascismo fue un movimiento obrero inspirado en el socialismo y que rechazaba visceralmente el liberalismo occidental. Benito Mussolini, en su artículo titulado «La doctrina del fascismo», diría lo siguiente:

> Antiindividualista, la concepción fascista de la vida destaca la importancia del Estado y acepta el individuo solo en la medida en que sus intereses coinciden con los del Estado [...]. [El fascismo] es opuesto al liberalismo clásico que surgió como reacción al absolutismo y agotó su función histórica cuando el Estado se convirtió en expresión de la conciencia y la voluntad del pueblo. El liberalismo negó el Estado en nombre del individuo; el fascismo lo reafirma[88].

Tampoco proponía el fascismo de Mussolini las estatización total de los medios de producción, sino más bien su sumisión a un férreo control estatal. El modelo era conocido como corporativismo y planteaba la cartelización de empresas por localidad, las que a su vez se organizaban en federaciones regionales y luego nacionales. Lo mismo ocurría a nivel de obreros. Si bien bajo el esquema fascista existía propiedad privada, no había mercado libre y competencia como se entiende en el sistema liberal. Estas organizaciones debían planificar, bajo control estatal, todo el sistema económico. El fascismo veía además en la sociedad liberal un conflicto entre abusadores y abusados, entre explotadores y explotados, donde los explotadores eran por cierto los dueños del capital, a quienes el caudillo debía defender. Siguiendo esas ideas, Perón puso fin a una época de oro en Argentina, gracias a la cual el país había llegado a encontrarse entre los diez más ricos del mundo, con un avance económico y social admirado

en todo el planeta. Vale la pena repasar, como lo hicimos con Gloria Álvarez en *El engaño populista*, lo que ocurrió al país trasandino para tener una mejor idea de los resultados que se siguen de la cosmovisión que en buena medida inspira al Papa Francisco.

Un excelente artículo de *The Economist*, titulado «La tragedia de Argentina: un siglo de decadencia», presenta un panorama deprimente sobre este asunto[89]. El semanario inglés recordó que durante casi cincuenta años, antes de la Primera Guerra Mundial, Argentina creció, en promedio, a tasas del seis por ciento anual, las más altas jamás registradas en la historia del mundo por entonces. El famoso Teatro Colón, entre muchos otros edificios que aún permanecen, fue construido en 1908, dando testimonio de la época dorada del país. Millones de europeos abandonaban sus países para llegar a la tierra prometida de Argentina, a tal punto que, en 1914, la mitad de los habitantes de Buenos Aires había nacido en el extranjero. Entre 1900 y 1914, la producción industrial de Argentina se triplicó, alcanzando un nivel de crecimiento industrial similar al de Alemania y Japón. En el período 1895-1914 se duplicó el número de empresas industriales, se triplicó el trabajo en ese sector y se quintuplicó la inversión en el mismo[90]. Todo esto fue acompañado de un progreso social sin precedentes en el país: si en 1869 entre el doce y el quince por ciento de la población económicamente activa pertenecía a los sectores medios, en 1914 la cantidad alcanzaba el cuarenta por ciento. En el mismo período, el nivel de analfabetismo se redujo a menos de la mitad[91]. Sin embargo, cien años después Argentina está convertida en un desastre económico. Un dato basta para dimensionar la magnitud de la decadencia argentina: si en 1850 el país tenía un nivel de riqueza equivalente al treinta por ciento de Australia, que posee condiciones naturales similares, en 1914 su nivel de riqueza ya alcanzaba un setenta por ciento del de ese país. En pleno siglo XXI, Argentina nuevamente tiene apenas un tercio del nivel de riqueza de Australia, es decir, retrocedió más de un siglo en términos relativos[92]. Esto ocurrió cuando Argentina abandonó las instituciones liberales que la habían caracterizado en su época de gloria para abrazar instituciones populistas y estatistas que terminaron por arruinarla. Especialmente tras la Gran Depresión de la década de 1930, y siguiendo una tendencia mundial, Argentina cerró su economía e incrementó dramáticamente el intervencionismo estatal en la misma. Como ha explicado Aldo Ferrer en su clásico libro sobre historia económica argentina, la crisis de

los años treinta provocó un cambio de las ideas económicas dominantes desde el paradigma liberal hacia un sistema estatista inspirado en las recetas del economista John Maynard Keynes[93]. Con Perón, el comercio fue restringido aún más, el gasto público se incrementó dramáticamente llevando a un aumento explosivo de la deuda, el Estado comenzó a repartir privilegios y beneficios de todo tipo a grupos de interés y a intensificar políticas de industrialización interna. Varias nacionalizaciones se llevaron a cabo, siendo la más famosa la de los ferrocarriles. El crecimiento económico se redujo y la inflación se disparó, pasando de un 3,6 por ciento en 1947 a un 15,3 por ciento en 1948, y un 23,2 por ciento en 1949, deteriorando así gravemente el poder adquisitivo de las clases trabajadoras[94]. Las exportaciones como porcentaje del producto interior bruto (PIB) siguieron cayendo debido al ataque del gobierno a los productores nacionales. En suma, Perón introdujo un cáncer populista del que Argentina jamás se recuperaría. El famoso y aclamado libro *The commanding heights*, que da cuenta de casi un siglo de luchas por la economía mundial, resumiría de este modo la destrucción que Perón haría de la institucionalidad Argentina:

> Aprovechando la popularidad de preguerra de las ideas fascistas, Perón convirtió a la Argentina en un país corporativista, con poderosos intereses organizados —grandes empresas, sindicatos, militares, agricultores— que negociaron con el Estado y con los demás para obtener posición y recursos. Él incitó pasiones nacionalistas, avivó pretensiones de grandeza y persiguió estridentemente políticas antiestadounidenses. Nacionalizó gran parte de la economía y puso barreras comerciales para defenderla. Cortó enlaces de la Argentina a la economía del mundo, que había sido una de sus grandes fuentes de riqueza, incrustó la inflación en la sociedad y destruyó las bases de un crecimiento económico sólido[95].

Es extraño que el Papa Francisco no extraiga las valiosas lecciones que la historia de su propio país ofrece.

---

84 «The Peronist Pope», *The Economist*, 9 de julio de 2015.
85 Nick Miroff, «You Can't Understand Pope Francis without Juan Perón and Evita», *The Washington Post*, 1 de agosto de 2015.
86 Silvia Fesquet, «Beatriz Sarlo: 'El Papa es peronista populista, pero desenfadado, y colmó mi

paciencia'», *Clarín.com*, 26 de junio de 2017.
87 «¿Conoció Perón a Mussolini?», *Infobae*, 3 de junio 2017.
88 Benito Mussolini, *The Doctrine of Fascism*, 1932.
89 «The Tragedy of Argentina: A Century of Decline», *The Economist*, 13 de febrero de 2014.
90 Ezequiel Gallo, «Liberalismo y crecimiento económico y social: Argentina (1880-1910)», *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, n° 49, (octubre 2008), p. 237.
91 Ibíd., p. 238.
92 Ibíd., p. 235.
93 Aldo Ferrer, *La economía argentina: desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*, 4.ª ed., Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008, p. 219.
94 Gareth Pahowka, «A Railroad Debacle and Failed Economic Policies: Peron's Argentina», *The Gettysburg Historical Journal*, vol. 4, (2005), p. 97.
95 Daniel Yergin y Joseph Stanislaw, *The Commanding Heights: the Battle for the World Economy*, Simon & Schuster, Nueva York, 2002, p. 240.

IX
Francisco y la política

Existe toda una discusión internacional en torno a qué tan de izquierda es el Papa Francisco. En 2013 la BBC publicó un artículo titulado «El Papa es el nuevo héroe de la izquierda mundial», que se refería a otro artículo del diario británico *The Guardian* en el que se afirmaba que el Papa era visto entre los líderes de opinión de izquierda como un nuevo referente que podría desplazar a Obama[96]. En América Latina la impresión es similar. El comentarista de asuntos latinoamericanos Andrés Oppenheimer recuerda que una vez que fue ungido como Papa, Francisco siempre se mostró bien dispuesto con Cristina Kirchner —a pesar de sus conflictos en el pasado—, reuniéndose con ella en varias ocasiones en el Vaticano donde la recibió siempre «calurosamente»[97]. Llegado el tiempo de la elección, cuenta Oppenheimer, Francisco optó por apoyar mucho más a Daniel Scioli, el candidato de Cristina, ignorando casi por completo a Mauricio Macri. Luego de que Macri fuera elegido presidente de la República, este fue felicitado por jefes de Estado de todo el mundo, menos por el Papa Francisco. Cuando tiempo después el presidente Macri viajó al Vaticano, el Papa le concedió una audiencia de apenas veintidós minutos en la biblioteca del Vaticano, muy diferente de los largos almuerzos con Cristina en la residencia papal y a las extensas reuniones con Correa, Evo Morales y Castro.

En otra señal compleja, el Papa Francisco rechazó reunirse con la líder social y madre de los comederos populares «Piletones», Margarita Barrientos, partidaria de Macri que viajó especialmente desde Argentina a Roma a verlo luego de que asumiera el sillón de Pedro. Sin embargo, Francisco no dudó en reunirse con Hebe de Bonafini, líder de las madres de Plaza de Mayo y declarada ultrakirchnersita de extrema izquierda, que celebró públicamente los atentados a las Torres Gemelas en 2011. También fue polémica su decisión de recibir a la

familia del activista Santiago Maldonado, vinculado a grupos extremistas y cuya muerte se utilizó políticamente de manera masiva por el peronismo para destruir la credibilidad de Macri antes de las elecciones parlamentarias de 2017. El peronismo culpó al gobierno de Macri de haber asesinado a Maldonado en circunstancias de que todos los peritos forenses, incluyendo los de la familia Maldonado, concluyeron que el activista había muerto ahogado en un río por causas naturales. Sin embargo, en su pretensión de crear un mártir para la causa de extremistas supuestamente mapuches, la familia continuó alegando que había sido asesinado. Con su decisión de recibir a los Maldonado en el Vaticano, Francisco intervino en un asunto políticamente cargado dando credibilidad a la versión de la familia y causando un gran rechazo entre amplios sectores de la sociedad argentina.

Pero no toda intervención política en Argentina ha sido desafortunada. Hay que recordar también que cuando Cristina entró en conflicto con el campo producto de las retenciones confiscatorias que impuso, el entonces cardenal Bergoglio criticó al gobierno de

Kirchner instándola a hacer un «gesto de grandeza» para destrabar la compleja situación. Fue siempre además un acérrimo crítico de la corrupción en ese país y denunció que bajo los Kirchner no había habido una real política de superación de la pobreza[98].

Pero tal vez el caso más polémico es el de Venezuela. Según Oppenheimer, el Papa Francisco lanzó un salvavidas a Maduro en 2016 cuando la presión de la calle lo tenía en jaque[99]. Cuando la MUD (Mesa de Unidad Democrática) que hace oposición a Maduro se negaba a negociar y quería forzar el referéndum revocatorio, la mediación del Vaticano logró la suspensión de la multitudinaria marcha convocada para llegar hasta el palacio de Miraflores. Monseñor Claudio María Celli, enviado del Vaticano, logró que la marcha se desviara y que se suspendiera el juicio político que la Asamblea tenía programado iniciar contra Maduro, a cambio de la liberación de seis presos políticos. Como resultado de todo lo anterior, Maduro pudo ganar tiempo y continuar con la brutal represión. En palabras de Oppenheimer, el Vaticano ha jugado un rol muy negativo en la crisis

venezolana:

> Varias entrevistas con líderes políticos venezolanos y el secretario general de la Organización de Estados Americanos, Luis Almagro, me convencieron de que la mediación del Vaticano junto con la falta de una declaración oficial de la coalición opositora dándola por terminada se han convertido en los mayores obstáculos para restablecer la democracia en Venezuela [...] La mediación del Vaticano junto a la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) —una institución que no ha hecho más que defender a demagogos populistas— ha mirado hacia el otro lado mientras Maduro se ha rehusado a liberar a Leopoldo López y otros prominentes presos políticos, y ha aumentado el número total de presos políticos de 83 el año pasado a 108 hoy, según cifras del Foro Penal Venezolano[100].

Ahora bien, en 2017 el Papa efectivamente pidió a Maduro que no se realizara la Asamblea Constituyente y llamó genéricamente a contener la violencia. No se puede, en ese sentido, negar que el Papa tiene una legítima preocupación por lo que ocurre, pero su fe en la posibilidad de diálogo con Maduro ha sido imprudente. De hecho, Maduro traicionó todo lo que acordó con la Santa Sede, tal como advirtieron en la oposición. Así y todo el Papa Francisco se niega a condenar abiertamente el régimen de Maduro. Camino a Colombia en septiembre de 2017, en un vuelo que pasaría sobre el territorio de Venezuela, se limitó a orar y expresarles a los periodistas que lo acompañaban: «Quisiera decirles que en el vuelo sobrevolaremos Venezuela y pedirles una oración para que pueda haber diálogo y que el país tenga una buena estabilidad»[101]. El tono conciliador y neutral de Francisco contrasta fuertemente con las declaraciones que en los mismos días hizo el Arzobispo de Caracas, el cardenal Jorge Urosa:

> La situación que ya iba mal en tiempos del presidente Chávez ahora está peor porque se ha profundizado en la inoperancia del Gobierno y al mismo tiempo se ha radicalizado la imposición de un sistema totalitario y estatista, fracasado en todos los países donde se ha impuesto. Además, cada vez hay menos capacidad de actuar en libertad y se han agredido los derechos humanos [...] se ha anulado al Parlamento y luego se ha establecido un órgano político absolutamente inconstitucional, pero además torpe y fraudulento como lo es la

> Asamblea Nacional Constituyente. Es un sistema dictatorial donde no hay división de poderes, y no se respetan los derechos fundamentales, es decir, ni siquiera los que están establecidos en la Constitución nacional[102].

En su histórica visita a Cuba, en tanto, si bien Francisco dejó entrever muy sutilmente y de manera abstracta reparos al sistema ahí imperante, no dijo una sola palabra sobre derechos humanos y democracia, algo que marcó una clara diferencia con la visita que hizo Benedicto XVI a la isla en 2012. En la misa en la Plaza de la Revolución de la Habana, el Papa alemán criticó el dogmatismo ideológico: «La verdad es un anhelo del ser humano, y buscarla siempre supone un ejercicio de auténtica libertad», dijo, y añadió que algunos «interpretan mal esta búsqueda de la verdad, llevándolos a la irracionalidad y al fanatismo, encerrándose en 'su verdad' e intentando imponerla a los demás»[103].

Y luego, antes de partir de La Habana, defendió sin ambigüedades el derecho a la libertad individual como fuente de la dignidad humana, e incluso aludió a la situación de miseria de la isla que atribuyó también al embargo:

> Que nadie se vea impedido de sumarse a esta apasionante tarea por la limitación de sus libertades fundamentales, ni eximido de ella por desidia o carencia de recursos materiales [...] El respeto y cultivo de la libertad que late en el corazón de todo hombre es imprescindible para responder adecuadamente a las exigencias fundamentales de su dignidad, y construir así una sociedad en la que cada uno se sienta protagonista indispensable del futuro de su vida, su familia y su patria[104].

En el caso de Francisco, la percepción de tibieza con el régimen de los Castro al comparar sus palabras con las de Benedicto XVI y también con las de Juan Pablo II, quienes visitaron la isla antes que él, fue tema de discusión en importantes medios internacionales. El diario *El País* de España reportó que los periodistas que viajaban con el Papa en el avión le hicieron preguntas intentado que explicara por qué había sido tan condescendiente con la dictadura cubana. Según el diario, los periodistas, lejos de quedar tranquilos con las respuestas de Francisco, confirmaron su sensación de que el Papa optó deliberadamente por una posición más cercana con el régimen comunista[105].

La historia de Francisco con Cuba incluye una extensa recepción a Raúl Castro en el Vaticano. De esa reunión, Castro salió tan satisfecho que llegó a declarar que si «el Papa continúa hablando así, volveré a rezar y regresaré a la Iglesia, no lo digo en broma»[106]. Según el comentarista y escritor cubano Carlos Alberto Montaner, a pesar de las buenas intenciones de Francisco, La Habana ve en la actitud del Vaticano una gran ventaja para consolidar una «dictadura neocomunista» como variante más conservadora que la china[107]. Por lo demás Francisco, que visitó Cuba de camino a Estados Unidos, jugó un rol clave en el acercamiento diplomático entre los dos países cuando Barak Obama era aún presidente. Muchos han visto en ello algo positivo, pero aquellos que conocen mejor la realidad de la isla tienen una visión diferente. El mismo Montaner argumenta que la política de Obama —el presidente más afín a la izquierda que probablemente ha tenido Estados Unidos en su historia— solo ha validado la dictadura marxista cubana sin exigir nada a cambio, rompiendo así con la tradición que todos sus predecesores, demócratas y republicanos, habían llevado hasta entonces[108].

En una línea similar, la célebre bloguera y disidente cubana Yoani Sánchez sostuvo que el Papa había llegado a sellar un pacto con el régimen:

> El pacto se ha concretado entre el Vaticano y la Plaza de la Revolución. Ambos poderes se dieron el beneplácito y saben que cada uno necesita del otro para lograr el «plan» que tienen para este país. Mientras que el gobierno se propone mantenerse al timón nacional, cueste lo que cueste, la iglesia católica busca parar el flujo de cubanos que abrazan el agnosticismo u otras religiones. Quiere que Cuba rece el padrenuestro y se confiese[109].

Ahora bien, los temas diplomáticos ciertamente son discutibles y se podrá decir que Francisco tiene buenas razones para reinsertar a Cuba en el mundo. Lo que ocurre en su caso en particular es que su afinidad con los líderes populistas de izquierda latinoamericanos ha sido demasiado evidente, y sus acciones en relación con Cuba no pueden dejar de analizarse a la luz de esa conducta más general de apoyo a movimientos reivindicatorios populares y gobiernos populistas. Es por el conjunto de su dichos, amistades políticas y actitudes que muchos han considerado al Papa Francisco como un hombre de izquierdas.

---

96 «El Papa 'es el nuevo héroe de la izquierda'», *BBC Mundo*, 16 de noviembre de 2013.
97 Andrés Oppenheimer, «La frialdad del Papa hacia Macri», *El Nuevo Herald*, 18 de junio de 2016.
98 «Jorge Bergoglio y los Kirchner: años de una relación tensa», *La Nación*, 14 de marzo 2013.
99 Andrés Oppenheimer, «Papa Francisco, ¡dé un paso atrás en Venezuela!», *El Nuevo Herald*, 8 de febrero de 2017.
100 Ídem.
101 José Alberto Mojica, «Este es el mensaje del papa Francisco al presidente Nicolás Maduro», *El Tiempo*, 6 de septiembre de 2017.
102 María del Mar Quintana, «'Maduro ignoró los acuerdos con el Vaticano': arzobispo de Caracas», *El Tiempo*, 07 de septiembre de 2017.
103 Benedicto XVI, Plaza de la Revolución José Martí, La Habana, 28 de marzo de 2012.
104 Benedicto XVI, Ceremonia de despedida del viaje apostólico a la República de Cuba, La Habana, 28 de marzo de 2012.
105 Pablo Ordaz, «El Papa admite que nunca pensó reunirse con los disidentes cubanos», *El País*, 23 de septiembre de 2015.
106 «Raúl Castro: 'Si el papa continúa hablando así volveré a rezar'», *RTV*, 10 de mayo de 2015.
107 Carlos A. Montaner, «Raúl Castro y el Papa Francisco» [archivo de video], 11 de mayo de 2015. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=pmBFPMzTEdQ [Consulta: 29/11/2017].
108 Carlos Alberto Montaner, «Siete advertencias sobre la nueva política cubana de Obama», *El Nuevo Herald*, 6 de junio de 2015.
109 Yoani Sánchez, «La Plaza de la Revolución y el Vaticano, un pacto de poder», *El Nuevo Herald*, 2 de octubre de 2015.

Epílogo
¿Se puede ser católico y defender el liberalismo económico?

Particularmente en América Latina existe una noción generalizada de que los católicos deben ser muy críticos de la economía de mercado. Muchos no aceptan que el mercado no es un juego de puro egoísmo ni menos uno de suma cero donde uno gana lo que el otro pierde. Deirdre McCloskey ha demostrado con suficiente persuasión que una serie de virtudes animan a aquellos que hacen empresa y participan de la sociedad burguesa. Las virtudes burguesas que sostienen el mercado, y que este a su vez contribuye a propagar —explica la autora que alguna vez fue comunista—, incluyen el amor, la esperanza, la fe, la justicia, la prudencia y la templanza[110]. No existe una sociedad burguesa que no emerja de una combinación de estas virtudes y en la cual el rol de la religión no haya sido fundamental. Ahora bien, de que existen vicios como la codicia no cabe duda, pero el capitalismo, lejos de acentuarlos como se cree comúnmente, ha contribuido en muchos casos a morigerarlos. Por eso nos resulta tan escandaloso cuando alguien como Bernie Madoff estafa o cuando alguien se hace rico con privilegios especiales, como ha sido el caso de un sinnúmero de empresarios latinoamericanos. Es verdad que las ganancias son el motor del emprendimiento, pero eso no significa que sean siempre un fin en sí mismas. Estas son, para muchos, más bien una muestra de que se está haciendo bien el trabajo, el cual se cumple con una pasión creadora. Roger Federer no juega tenis porque quiera ganar más dinero, pero tampoco renuncia a sus premios cuando los gana. Lo mismo ocurre con diversos empresarios que ven satisfacción en contribuir a la sociedad con sus empresas. El lucro, tan condenado por ciertos sectores de la Iglesia, es, en este contexto, una señal de que se hace bien el trabajo y se sirve a la sociedad, porque solo lucra quien provee bienes y servicios

que las personas demandan. Por cierto, este análisis es válido cuando hay un mercado competitivo y es muy discutible en el mundo financiero, donde no está tan claro qué contribución real hacen a la economía muchas de sus innovaciones. Sobra decir que hay buenos y malos empresarios, como también hay sacerdotes malos y buenos y trabajadores deshonestos y otros muy honrados. Los católicos afines a discursos poco matizados como el de Francisco deberían reconocer eso y evitar referirse a una «economía que mata», pues con ello no reconocen a aquellos que hacen un aporte real y solo se termina por perjudicar a los más pobres mientras se alimenta el populismo y la demagogia. Deberían seguir el ejemplo de Juan Pablo II que, si bien nunca abrazó un capitalismo incondicional, sí lo defendió como el mejor sistema posible. En *Centesimus annus* escribió que daba «la impresión de que, tanto a nivel de naciones como de relaciones internacionales, el libre mercado es el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades»[111]. Y luego agregó, en una impecable aplicación de teoría económica liberal: «La Iglesia reconoce la justa función de los beneficios, como índice de la buena marcha de la empresa. Cuando una empresa da beneficios significa que los factores productivos han sido utilizados adecuadamente y que las correspondientes necesidades humanas han sido satisfechas debidamente»[112]. Por cierto, Juan Pablo II advirtió en el mismo pasaje de que la empresa es mucho más que ganancias y que existe una comunidad humana que debe ser tratada con dignidad y respeto. La diferencia con Francisco, sin embargo, es notoria, a pesar de los puntos en común. Juan Pablo II reconoció sin ambigüedades el rol social del empresario, de las ganancias, del mercado libre y del capitalismo, cuestión que Francisco no ha hecho de igual modo. Francisco ha sido mucho más categórico en enfatizar los aspectos negativos del capitalismo y extremadamente silente cuando se trata de destacar los positivos. El siguiente pasaje de *Centesimus annus* marca con claridad insuperable esta diferencia. Escribe Juan Pablo II:

> Volviendo ahora a la pregunta inicial, ¿se puede decir quizá que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor sea el capitalismo, y que hacia él estén dirigidos los esfuerzos de los países que tratan de reconstruir su economía y su sociedad? ¿Es quizá este el modelo que es necesario proponer a los países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso

> económico y civil? La respuesta obviamente es compleja. Si por «capitalismo» se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta ciertamente es positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de «economía de empresa», «economía de mercado», o simplemente de «economía libre». Pero si por «capitalismo» se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa[113].

Ningún liberal clásico podría estar en desacuerdo con ese análisis, salvo por su alusión a la religión, la cual muchos no comparten. Otras partes de *Centesimus annus* serían criticadas por economistas liberales, sin duda, pero su espíritu general, reflejado del mejor modo en el pasaje citado, es perfectamente compatible con el liberalismo clásico. Recordemos que este no solo promueve la empresa privada y las ganancias, sino que afirma la necesidad de un fundamento ético para que el mercado pueda operar eficientemente e incrementar la libertad integral del ser humano. Lo mismo dijo Benedicto XVI, quien reconocía el rol del mercado y la importancia de la confianza para que este funcione:

> Si hay confianza recíproca y generalizada, el mercado es la institución económica que permite el encuentro entre las personas, como agentes económicos que utilizan el contrato como norma de sus relaciones y que intercambian bienes y servicios de consumo para satisfacer sus necesidades y deseos. El mercado está sujeto a los principios de la llamada justicia conmutativa, que regula precisamente la relación entre dar y recibir entre iguales [...] En efecto, si el mercado se rige únicamente por el principio de la equivalencia del valor de los bienes que se intercambian, no llega a producir la cohesión social que necesita para su buen funcionamiento. Sin formas internas de solidaridad y de confianza recíproca, el mercado no puede cumplir

plenamente su propia función económica[114].

Juan Pablo II y Benedicto XVI apuntan a lo que en economía se denomina «costos de transacción», los que a su vez se relacionan con las llamadas «instituciones informales». A mayor confianza, más fáciles son los intercambios. En otras palabras, el mercado, para operar de la mejor manera, requiere de confianza interpersonal, es decir, de ética. Como hemos dicho, esta es una vieja idea liberal clásica que fue olvidada por ciertas formas de economicismo moderno. En su libro sobre liberalismo clásico, el Nobel de economía James M. Buchanan explicó que el ideal liberal dictaba que las personas deben regirse por principios de *fairness* —justicia— «definido en términos de respeto por la otra persona en un sentido ético básico»[115]. Buchanan agregó que en oposición a la persona que actúa éticamente se encuentra «el oportunista que actúa éticamente solo cuando ese tipo de comportamiento lo beneficia privadamente»[116]. Los liberales clásicos, dice Buchanan en el mismo espíritu que postulan Juan Pablo II y Benedicto XVI, «no creen ni deberían creer que ese modelo de interacción social es ideal ni imposible» y por tanto deben rechazar el *homus economicus* puramente maximizador de beneficios que postulan los economistas[117]. En otras palabras, sin ética, explica Buchanan, el mercado no puede funcionar adecuadamente. El mismo Buchanan, como antes lo hicieron Hayek, Röpke, Eucken, Smith e incluso Friedman y muchos otros liberales clásicos, dedicó gran parte de su trabajo intelectual a crear el marco teórico para lo que Juan Pablo II llamó «un sólido contexto jurídico». Sobre este punto, y refiriéndose al liberalismo clásico, Hayek explica:

> La argumentación liberal defiende el mejor uso posible de las fuerzas de la competencia como medio para coordinar los esfuerzos humanos, pero no es una argumentación a favor de dejar las cosas tal como están [...] No niega, antes bien afirma, que si la competencia ha de actuar con ventaja requiere una estructura legal cuidadosamente pensada[118].

Hemos establecido que el liberalismo clásico no es equivalente a la teoría del *homus economicus* puramente maximizador de beneficios que ha desarrollado la economía moderna y que con razón critica la Iglesia católica. Hemos mostrado

que una ética de respeto por el prójimo es sustancial para el mercado y que en eso liberales clásicos están de acuerdo con Juan Pablo II y Benedicto XVI. Además, hemos explicado que los liberales clásicos defienden un «sólido contexto jurídico» para el buen funcionamiento del mercado. Nada de lo anterior significa asumir una visión idealista del ser humano. La economía en ese sentido es una ciencia imprescindible para formular recomendaciones que ayudan a los más pobres a salir de la miseria. Juan Pablo II y Benedicto XVI entendieron eso perfectamente, a pesar de que muchos economistas liberales discreparían con varios de sus planteamientos. Los católicos deben ser conscientes de estas coincidencias filosóficas. Tampoco deben olvidar que fueron hombres de su iglesia quienes fundaron el liberalismo económico moderno, mucho antes que Adam Smith[119]. Aunque con diferencias entre ellos, sacerdotes como Juan de Mariana, Tomás de Mercado, Santo Tomás, Pedro Fernández de Navarrete y otros avanzaron buena parte de las ideas que forman parte del corpus liberal clásico. Hay que destacar además que fue el cristianismo el que sentó las bases del liberalismo político moderno, según las investigaciones del profesor de Oxford Larry Siedentop[120]. Igualmente, la Doctrina Social de la Iglesia, que pone al bien del hombre en su centro, no implica una condena al sistema de mercado, sino que más bien impone su defensa[121]. A fin de cuentas es ese sistema el que permite el máximo desarrollo del potencial humano, la superación de la pobreza, la creación de oportunidades y el florecimiento espiritual y cultural. De modo que no existe contradicción alguna entre ser católico y ser partidario de un sistema de mercado libre como los propuestos por Smith, Hayek o Friedman. De hecho, teólogos católicos como Michael Novak, que fuera socialista cristiano en una época, han dedicado su vida a explicar la necesaria compatibilidad entre capitalismo y catolicismo. Novak, que también estudió largamente para ser sacerdote, plantea la cuestión sobre el capitalismo y la Iglesia en los siguientes términos: «el capitalismo democrático no es ni el Reino de Dios ni está exento de pecado. Sin embargo, todos los otros sistemas conocidos de economía política son peores. La esperanza que tenemos de aliviar la pobreza y eliminar la tiranía opresiva —quizás nuestra última y mejor esperanza— reside en este sistema tan despreciado»[122]. Novak agrega que «la experiencia de la libertad religiosa bajo el capitalismo democrático finalmente, después de tantas resistencias, ha enriquecido el patrimonio de la Iglesia

Católica»[123]. Estas reflexiones deberían ser consideradas por Francisco y sus seguidores al formular juicios sobre el capitalismo.

Si no hay demasiadas buenas razones para oponerse como católico al capitalismo, tampoco las hay para sentir culpa por el éxito que se ha obtenido en el mercado. Es común ver a hijos de padres católicos sentirse culpables porque han tenido ciertas ventajas, como si fuera debido a ellos que otros no las hayan tenido, o como si el hecho de que un padre dé a sus hijos las mejores oportunidades posibles sea motivo de vergüenza. Ser exitoso no es un pecado, sino un motivo de orgullo en la medida en que sea éxito honestamente adquirido. Ello no excluye preocuparse por el prójimo y ayudarlo, sino al revés: solo el que está en una posición sólida puede ayudar a otros. La idea algo popular de que el trabajo social es una especie de deuda que pagan a la sociedad quienes han tenido buenas oportunidades gracias al esfuerzo de sus padres es una distorsión del genuino sentido de la solidaridad hacia los que sufren. Es el amor y no la culpa lo que debería movilizar a los católicos: el amor por sí mismos, por lo que sus familias han logrado y el deseo de que esa realización se encarne de igual manera en otros a quienes se ama como a sí mismos. A fin de cuentas fue también el amor lo que movió a Cristo a sacrificarse por todos nosotros. La culpa da lugar a la rabia, al resentimiento y finalmente a la revuelta en contra de la propia identidad. En ese mismo sentido, es importante insistir en que proclamar ideas de solidaridad universal sin atender a la realidad económica solo perjudica a los más pobres. Es fácil, por ejemplo, proponer salarios mínimos elevados porque parece poco lo que se le paga a mucha gente. Pero su aplicación solo genera más miseria y pobreza entre aquellos que se pretende beneficiar. Este caso, como muchos otros, ilustra que en nada ayuda la emotividad generosa que muchas veces anima el discurso de solidaridad católico pues suele caer en un voluntarismo perjudicial para los más pobres, como ha mostrado Francisco en diversas ocasiones.

110 Deirdre N. McCloskey, *The Bourgeois Virtues: Ethics for an Age of Commerce*, University Of Chicago Press, Chicago, 2007.
111 Juan Pablo II, *Centsimus annus*, 34. 1 de mayo de 1991.
112 Ibíd., 35.
113 Ibíd., 42.
114 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 35. 29 de junio de 2009.
115 James Buchanan, *Why I, Too, Am Not a Conservative*, Edward Elgar, Cheltenham, 2008, p. 15.
116 Ídem.
117 Ídem.
118 Friedrich Hayek, *Camino de servidumbre*, Alianza, Madrid, 1985, pp. 64-65.
119 Ver: Alejandro A. Chafuén, *Raíces cristianas de la economía de libre mercado*, Fundación para el Progreso e Instituto Res Publica, Santiago, 2013.
120 Ver: Larry Siedentop, *Inventing the Individual*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2014.
121 Ver: Gabriel J. Zanotti, «Liberalismo y catolicismo, hoy», *Revista UCEMA*, n° 25, (agosto 2014), p. 29.
122 Michael Novak, «El espíritu del capitalismo democrático», *Revista Estudios Públicos*, n° 11, 1983, p.147.
123 Ídem.

Referencias

Acemoglu, Daron y James A. Robinson. *Why Nations Fail*, Profile Books, Londres, 2013.

BBC Mundo, «El Papa 'es el nuevo héroe de la izquierda'», 16 de noviembre de 2013. Disponible en: http://www.bbc.com/mundo/ultimas_noticias/2013/11/131116_ultnot_diario_bri [Consulta: 29/11/2017].

Benedicto XVI. Carta Encíclica *Caritas in veritate*, 29 de junio de 2009. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.html [Consulta: 29/11/2017].

Benedicto XVI. Ceremonia de despedida del viaje apostólico a la República de Cuba, La Habana, 28 de marzo de 2012. Disponible en: https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2012/march/documents/hf_ben-xvi_spe_20120328_congedo-cuba.html [Consulta: 29/11/2017].

Benedicto XVI. Plaza de la Revolución José Martí, La Habana, 28 de marzo de 2012. Disponible en: https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2012/documents/hf_ben-xvi_hom_20120328_la-habana.html [Consulta: 29/11/2017].

Buchanan, James. *Why I, Too, Am Not a Conservative*, Edward Elgar, Cheltenham, 2008.

Caño, Antonio y Pablo Ordaz. «Papa Francisco: 'El peligro en tiempos de crisis es buscar un salvador que nos devuelva la identidad y nos defienda con muros'», *El País*, 22 de enero de 2017. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2017/01/21/actualidad/1485022162_846725.htm [Consulta: 29/11/2017].

Chafuén, Alejandro A. *Raíces cristianas de la economía de libre mercado*,

Fundación para el Progreso e Instituto Res Publica, Santiago, 2013.

Cox, Michael y Richard Alm. *Myths of Rich and Poor*, Basic Books, Nueva York, 1999.

Coyne, Jerry. «Krauss and Pinker on the Pope's Misguided Climate-Change Bicycle», *Why Evolution Is True*, 19 de junio de 2015. Disponible en: https://whyevolutionistrue.wordpress.com/2015/06/19/krauss-and-pinker-on-the-popes-miguided-climate-change-bicycle/ [Consulta: 29/11/2017].

Cymerman, Henrique. «Entrevista al Papa Francisco: 'La secesión de una nación hay que tomarla con pinzas'», *La Vanguardia*, 15 de junio de 2014. Disponible en: http://www.lavanguardia.com/internacional/20140612/54408951579/entrevista-papa-francisco.html [Consulta: 29/11/2017].

De Soto, Hernando. *The Mystery of Capital*, Black Swan,
Londres, 2001.

Di Lorenzo, Thomas. *How Capitalism Saved America*, Three Rivers Press, Nueva York, 2004.

Donadio, Rachel. «Francis' Humility and Emphasis on the Poor Strike a New Tone at the Vatican», *The New York Times*, 25 de mayo de 2013. Disponible en: http://www.nytimes.com/2013/05/26/world/europe/pope-francis-changes-tone-at-the-vatican.html [Consulta: 29/11/2017].

El País, «Las opiniones del Papa Francisco», 25 de enero de 2017. Disponible en: http://www.elpais.com.uy/opinion/editorial/opiniones-papa-francisco.html Consulta: 26/11/2017.

Ferguson, Niall. *The Great Degeneration*. Penguin, Londres, 2012.

Ferrer, Aldo. *La economía argentina: desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*, 4.ª ed., Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008.

Fesquet, Silvia. «Beatriz Sarlo: 'El Papa es peronista popu- lista, pero desenfadado, y colmó mi paciencia'», *Clarín. com*, 26 de junio de 2017. Disponible en: https://www.clarin.com/politica/beatriz-sarlo-papa-peronista-populista-desenfadado-colmo-paciencia_0_HJxEnY_O7-.html [Consulta: 29/11/2017].

Francisco. Carta Encíclica *Laudato si'*, 24 de mayo de 2015. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html [Consulta: 29/11/2017].

Francisco. Discurso a los participantes en conferencia de la Unión Internacional de Empresarios Católicos (UNIAPAC), Vaticano, 17 de noviembre de 2016.

Disponible en: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/november/documents/papa-francesco_20161117_conferenza-uniapac.html [Consulta: 29/11/2017].

Francisco. Discurso a los participantes en la reunión de Economía de Comunión, organizada por el movimiento de los Focolares, Vaticano, 4 de febrero de 2017. Disponible en: https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2017/february/documents/papa-francesco_20170204_focolari.html [Consultado: 29/11/2017].

Francisco. Discurso en el Segundo Encuentro Mundial de Movimientos Populares, Santa Cruz de la Sierra, Boli- via, 9 de julio de 2015. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/july/documents/papa-francesco_20150709_bolivia-movimenti-popolari.html [Consulta: 29/11/2017].

Francisco. Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html Consulta: 15/11/2017].

Gallo, Ezequiel. «Liberalismo y crecimiento económico y social: Argentina (1880-1910)», *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, n° 49, (octubre 2008). Disponible en: http://www.eseade.edu.ar/files/riim/RIIM_49/49_9_gallo.pdf [Consulta: 29/11/2017].

Gregg, Samuel. «Understanding Pope Francis: Argentina Economic Failure and the 'Teología del Pueblo'», *The Independent Review*, vol. 21, n° 3, (*Pope Francis and Economics*), (invierno 2017).

Grossman, Gene M. y Alan B. Krueger. «Economic Growth and the Environment», *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 110, n° 2, (mayo 1995). MIT Press.Disponible en: http://www.econ.ku.dk/nguyen/teaching/Grossman%20and%20Krueger%20199 [Consulta: 29/11/2017].

Gwartney, James, Robert Lawson y Joshua Hall. *Economic Freedom of the World: 2016 Annual Report*, Fraser Institute, 2016. Disponible en: https://www.fraserinstitute.org/sites/default/files/economic-freedom-of-the-world-2016.pdf Consulta: 26/11/2017.

Harari, Yuval Noah. *Homo Deus*, Debate, Santiago, 2016.

Hausmann, Ricardo. «¿Es el capitalismo la causa de la pobreza?», *Project*

Syndicate, 21 de agosto de 2015. Disponible en: https://www.project-syndicate.org/commentary/does-capitalism-cause-poverty-by-ricardo-hausmann-2015-08/spanish [Consulta: 29/11/2017].

Hayek, Friedrich. *Camino de servidumbre*, Alianza, Madrid, 1985.

Infobae, «¿Conoció Perón a Mussolini?», 3 de junio 2017. Disponible en: http://www.infobae.com/politica/2017/06/03/conocio-peron-a-mussolini/ [Consulta: 29/11/2017].

Juan Pablo II. Carta Encíclica *Centesimus annus*, 1 de mayo de 1991. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_01051991_centesimus-annus.html [Consulta: 29/11/2017].

Kaiser, Axel. *La tiranía de la igualdad*, Ediciones El Mercurio, Santiago, 2015.

La Nación, «Jorge Bergoglio y los Kirchner: años de una relación tensa», 14 de marzo 2013. Disponible en: http://www.lanacion.com.ar/1562777-bergoglio-y-los-kirchner-muchos-anos-de-una-relacion-gelida [Consulta: 29/11/2017].

Lal, Deepak. *Poverty and Progress*, Cato Institute, Washington, 2013.

Levinson, Arik. «Does Economic Growth Reduce Pollution?», *World Economic Forum*, 11 de marzo de 2015. Disponible en: https://www.weforum.org/agenda/2015/03/does-economic-growth-reduce-pollution/ [Consulta: 29/11/2017].

Marx, Karl. *Crítica del programa de Gotha*. Disponible en: http://190.186.233.212/filebiblioteca/Ciencias%20Sociales/Karl%20Marx%20-%20Critica%20del%20programa%20de%20Gotha.pdf [Consulta: 29/11/2017].

McCloskey, Deirdre N. *The Bourgeois Virtues: Ethics for an Age of Commerce*, University Of Chicago Press, Chicago, 2007.

Miroff, Nick. «You Can't Understand Pope Francis without Juan Perón - and Evita», *The Washington Post*, 1 de agosto de 2015. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/world/you-cant-understand-pope-francis-without-juan-peron--and-evita/2015/08/01/d71e6fa4-2fd0-11e5-a879-213078d03dd3_story.html?hpid=z1&utm_term=4a2acbe94adb [Consulta: 29/11/2017].

Mojica, José Alberto. «Este es el mensaje del Papa Francisco al presidente Nicolás Maduro», *El Tiempo*, 6 de septiembre de 2017. Disponible en: http://www.eltiempo.com/vida/religion/mensaje-del-papa-francisco-sobre-venezuela-en-su-viaje-a-colombia-127754 [Consulta: 29/11/2017].

Montaner, Carlos Alberto. «Raúl Castro y el Papa Francisco» [archivo de video], 11 de mayo de 2015. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?

v=pmBFPMzTEdQ [Consulta: 29/11/2017].
Montaner, Carlos Alberto. «Siete advertencias sobre la nueva política cubana de Obama», *El Nuevo Herald*, 6 de junio de 2015. Disponible en: http://www.elnuevoherald.com/opinion-es/opin-col-blogs/carlos-alberto-montaner/article23218446.html [Consulta: 29/11/2017].
Mudde, Cas y Cristóbal Rovira Kaltwasser. *Populism, A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Nueva York, 2017.
Mussolini, Benito. *The Doctrine of Fascism*, 1932. Disponible en: https://archive.org/details/DoctrineOfFascism [Consulta: 29/11/2017]
Nordhaus, William D. «Schumpeterian Profits in the
American Economy: Theory and Measurment», *National Bureau of Economic Research*, Working Paper 10433. Disponible en: http://www.nber.org/papers/w10433.pdf [Consulta: 29/11/2017].
Novak, Michael. «El espíritu del capitalismo democrático», *Revista Estudios Públicos*, n° 11, 1983. Disponible en: https://www.cepchile.cl/el-espiritu-del-capitalismo-democratico/cep/2016-03-03/183251.html [Consulta: 29/11/2017].
Novak, Michael. «Foreword», en Robert M. Whaples (ed.), *Pope Francis and the Caring Society*, Independent Institute, Oakland, 2017.
Novak, Michael. «Welcome to America, Pope Francis!»,
michaelnovak.net, 29 de julio de 2015. Disponible en: http://michaelnovak.net/2222/ [Consulta: 15/11/2017].
Odone, Cristina. «Is the Pope a Socialist?», *Newsweek*, 13 de diciembre de 2013. Disponible en: http://www.newsweek.com/2013/12/13/pope-francis-socialist-244916.html [Consulta: 29/11/2017].
Oppenheimer, Andrés. «La frialdad del Papa hacia Macri», *El Nuevo Herald*, 18 de junio de 2016. Disponible en: http://www.elnuevoherald.com/opinion-es/opin-col-blogs/andres-oppenheimer-es/article84509382.html
[Consulta: 29/11/2017].
Oppenheimer, Andrés. «Papa Francisco, ¡dé un paso atrás en Venezuela!», *El Nuevo Herald*, 8 de febrero de 2017. Disponible en: http://www.elnuevoherald.com/opinion-es/opin-col-blogs/andres-oppenheimer-es/article131574119.html [Consulta: 29/11/2017].
Ordaz, Pablo. «El Papa admite que nunca pensó reunirse con los disidentes cubanos», *El País*, 23 de septiembre de 2015. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2015/09/22/actualidad/1442952751_428486.htm
[Consulta: 29/11/2017].

Pahowka, Gareth. «A Railroad Debacle and Failed Economic Policies: Peron's Argentina», *The Gettysburg Historical Journal*, vol. 4, (2005). Disponible en: http://cupola.gettysburg.edu/ghj/vol4/iss1/6 [Consulta: 29/11/2017].

Phelps, Edmund y Saifedean Ammous. «Blaming Capitalism for Corporatism». *Project Syndicate*, 31 de enero de 2012. Disponible en: https://www.project-syndicate.org/commentary/blaming-capitalism-for-corporatism?barrier=accessreg [Consulta: 29/11/2017].

Pinker, Steven. *The Better Angels of our Nature*, Viking,Nueva York, 2011.

Quintana, María del Mar. «'Maduro ignoró los acuerdos con el Vaticano': arzobispo de Caracas», *El Tiempo*, 07 de septiembre de 2017. Disponible en: http://www.eltiempo.com/mundo/venezuela/entrevista-al-arzobispo-de-caracas-sobre-visita-del-papa-a-colombia-y-crisis-en-venezuela-127968 [Consulta: 29/11/2017].

Rangel, Carlos. *Del buen salvaje al buen revolucionar*Monte Ávila Editores, Caracas, 1982.

Rocca, Francis. «How Pope Francis Became the Leader of the Global Left», *The Wall Street Journal*, 22 de diciembre de 2016. Disponible en: https://www.wsj.com/articles/how-pope-francis-became-the-leader-of-the-global-left-1482431940 [Consulta: 29/11/2017].

RTV, «Raúl Castro: 'Si el papa continúa hablando así volveré a rezar'», 10 de mayo de 2015. Disponible en: http://www.rtve.es/noticias/20150510/raul-castro-visita-papa-agradece-su-contribucion-acercamiento-eeuu/1142100.shtml [Consulta: 29/11/2017].

Sala-i-Martín, Xavier. «Piketty y 'Capital en el Siglo XXI'»,

Random Thoughts: Xavier Sala-i-Martin's Blog, 18 de mayo de 2014. Disponible en: http://www.salaimartin.com/randomthoughts/item/720-piketty-y-capital-en-el-siglo-xxi.html# [Consulta: 29/11/2017].

Sánchez, Yoani. «La Plaza de la Revolución y el Vaticano, un pacto de poder», *El Nuevo Herald*, 2 de octubre de 2015. Disponible en: http://www.elnuevoherald.com/noticias/mundo/america-latina/cuba-es/article37406313.html [Consulta: 29/11/2017].

Scalfari, Eugenio. «Il Papa a Repubblica: 'Trump? Non giudico. Mi interessa soltanto se fa soffrire i poveri', *LaRepubblica. it*, 11 de noviembre de 2016. Disponible en: http://www.repubblica.it/vaticano/2016/11/11/news/intervista_del_papa_a_repul [Consulta: 29/11/2017]

Scannone, Juan Carlos. «El Papa Francisco y la teología del pueblo», *Razón y fe*, n° 1395, (enero 2015), pp. 31-50. Disponible en: http://www.razonyfe.org/archivo/doc_view/270-el-papa-francisco-y-la-teologia-del-pueblo?tmpl=component&format=raw [Consulta: 29/11/2017].

Schlamp, Hans-Jürgen. «Der Herz-Jesu-Sozialist», *Der Spiegel*, 29 de mayo de 2016. Disponible en: http://www.spiegel.de/wirtschaft/papst-franziskus-als-kapitalismuskritiker-der-herz-jesu-sozialist-a-1094188.html [Consulta: 29/11/2017].

Severance, Michael. «Rev. Robert A. Sirico: Pope Francis and the Condemnation of Money», *Acton Institute Powerblog*, 16 de noviembre de 2016. Disponible en: http://blog.acton.org/archives/90115-rev-robert-a-sirico-pope-francis-and-the-condemnation-of-money.html [Consulta: 29/11/2017].

Siedentop, Larry. *Inventing the Individual*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2014.

Stiglitz, Joseph. *The Price of Inequality*, W.W. Norton & Company, Nueva York, 2012.

The Economist, «Francis, Capitalism and War: The Pope's Divisions», 20 de junio de 2014. Disponible en: https://www.economist.com/blogs/erasmus/2014/06/francis-capitalism-and-war [Consulta: 29/11/2017].

The Economist, «The Peronist Pope», 9 de julio de 2015. Disponible en: https://www.economist.com/news/americas/21657401-franciss-balancing-act-latin-america-peronist-pope [Consulta: 29/11/2017].

The Economist, «The Tragedy of Argentina: A Century of Decline», 13 de febrero de 2014. Disponible en: http://www.economist.com/news/briefing/21596582-one-hundred-years-ago-argentina-was-future-what-wentwrong-century-decline/a>. [Consulta: 29/11/2017].

The New York Times, «8 Ways Pope Francis Is Changing the Direction of the Catholic Church», 6 de julio de 2015. Disponible en: https://www.nytimes.com/interactive/2015/06/13/world/europe/francis-the-activist-pope.html?mcubz=3. [Consulta: 29/11/2017].

Tornielli, Andrea. «Mai avere paura della tenerezza: Intervista con papa Francesco su Natale», *La Stampa*, 16 de diciembre de 2013. Disponible en: http://www.lastampa.it/2013/12/15/esteri/vatican-insider/it/mai-avere-paura-della-tenerezza-1vmuRIcbjQlD5BzTsnVuvK/pagina.html [Consulta:

29/11/2017].
Vidal, José Manuel. «Gutiérrez, padre de la Teología de la Liberación: 'Solo conocemos el 10% de las resistencias al Papa. El otro 90% está oculto, pero él lo sabe'», *El Mundo*, 1 de marzo de 2017. Disponible en: http://www.elmundo.es/sociedad/2017/03/01/58b6bc7be2704e0b7e8b463c.html Consulta: 29/11/2017].
Wallraff, Hermann Josef. *Katholische Soziallehre: Leitideen der Entwicklung? Eigenart, Wege, Grenzen*, Bachem, Colonia, 1975.
Waterman, A. M. C. «Pope Francis and the Enviromental Crisis», *The Independent Review*, vol. 21, n° 3, (*Pope Francis and Economics*), (invierno 2017).
Werner Sinn, Hans. *Der Euro*, Hanser, Regensburg, 2015.
West, Geoffrey. «Why Cities Keep Growing, Corporations and People Always Die, and Life Gets Faster», *Edge*, 23 de mayo de 2011. Disponible en: https://www.edge.org/conversation/geoffrey_west-why-cities-keep-growing-corporations-and-people-always-die-and-life-gets [Consulta: 29/11/2017].
Yergin, Daniel y Joseph Stanislaw. *The Commanding Heights: the Battle for the World Economy*, Simon & Schuster, Nueva York, 2002. Extracto disponible en: http://www-tc.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/pdf/ess_argentinaparadox.pdf [Consulta: 29/11/2017].
Yuengert, Andrew. «Pope Francis, His Predecesors and the Market», *The Independent Review*, vol. 21, n° 3, (*Pope Francis and Economics*), (invierno 2017).
Zanotti, Gabriel. «Liberalismo y catolicismo, hoy», *Revista UCEMA*, n° 25, (agosto 2014), pp. 29-30. Disponible en: https://www.ucema.edu.ar/publicaciones/download/revista_ucema/25/analisis-zanotti.pdf [Consulta: 29/11/2017].
Zanotti, Gabriel. *Economía de mercado y Doctrina Social de la Iglesia*, Acton Institute, 2004.
Zingales, Kuigi. *A Capitalism for the People*, Basic Books, Nueva York, 2012.
*Es además abogado de la Universidad Católica Argentina y Doctor en Teología Moral por la Universidad Gregoriana de Roma. Actualmente se desempeña también como profesor de la Facultad de Teología de la UCA y miembro del consejo de redacción de la revista *Criterio*.



AXEL KAISER (@AxelKaiser) abogado, reconocido columnista de El Mercurio y del Diario Financiero y considerado uno de los intelectuales liberales más influyentes de la nueva generación en Hispanoamérica. Doctor en Filosofía por la Universidad de Heidelberg (Alemania), es director de la cátedra Friedrich Hayek de la Universidad Adolfo Ibañez y es usualmente invitado como conferencista en América Latina, Europa y Estados Unidos.Autor de varios libros sobre política y economía: La miseria del intervencionismo (2011), La fatal ignorancia: la anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista (2009), y los best seller La tiranía de la igualdad (Ediciones El Mercurio, 2015) y El engaño populista en coautoría con Gloria Álvarez (Ediciones El Mercurio, 2016).Ha ganado diversos premios internacionales incluyendo el Book Prize de la Universidad de Heidelberg por su tesis sobre los padres fundadores de Estados Unidos en 2011; el primer lugar del concurso Voces de libertad del Cato Institute en Washington en 2008; el primer lugar en el concurso Caminos de la libertad de México en 2013 y el primer lugar en el Hayek Essay Contest organizado por la Sociedad Mont Pelerin en 2014, entidad de la cual es miembro. En la actualidad es director ejecutivo de la Fundación para el Progreso, un think tank nacional de inspiración liberal clásica.

Fotografía: Manuel Herrera, El Mercurio.

Con una mirada divergente pero constructiva, este ensayo —escrito por un cristiano no católico como se reconoce el propio Axel Kaiser— pretende contribuir al diálogo, en materia económica y social, entre el Papa Francisco, los miembros de la Iglesia y el mundo laico. A través de escritos, entrevistas y opiniones del Sumo pontífice sobre estos temas puntuales, el autor va aclarando confusiones, sustentado en evidencia empírica y razonamientos económicos fundados.«El ejercicio que emprende Axel Kaiser en esta pequeña obra no solo es legítimo, sino obligatorio. […] Solo encarando con coraje y respeto esta tarea crítica es posible salvaguardar la unidad orgánica de la Doctrina Social de la Iglesia […]. Este trabajo es un buen ejemplo de este esfuerzo, y plantea interrogantes que merecen ser tenidas en cuenta».

Gustavo Irrazábal

Sacerdote argentino, actual vicario de la Parroquia Madre Admirable de Buenos Aires